

PEDRO SALIMA Y ANÍBAL VELÁSQUEZ

Reflexiones

en torno al Juramento del Monte Sacro
(selección de ensayos)

venezolana

CARACAS, 2008

Fundación Editorial

elperroylarana

Colección
historias

Referirse a la Historia en singular y con mayúscula implica creer en el carácter absoluto de un único discurso. La historia no es una sola, es más bien un tejido profuso de múltiples historias, diversas miradas acerca del mundo y la cultura que constituyen el patrimonio más rico de la humanidad: sus memorias, en plural y sin mayúsculas.

La Colección *historias* invita a leer la diversidad, la compleja polifonía de lugares, tiempos y experiencias que nos conforman, a partir de textos clásicos, contemporáneos e inéditos, de autores venezolanos y extranjeros.

Las historias *universal, latinoamericana, venezolana, regional y local* se enlazan en esta Colección construyendo un panorama dinámico y alternativo que nos presenta las variadas maneras de entendernos en conjunto. Invitamos a todos los lectores a buscar en estas páginas tanto la rigurosidad crítica de textos especializados como la transparencia de voces vívidas y cálidas.

Fundación Editorial



elperroylarana

© Fundación Editorial el **perro** y la **rana**, 2008

© Pedro Salima y Luis Anibal Velásquez

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela.

Teléfonos: 0212-377-2811 / 0212-808-4986

Correos electrónicos:

elperroylaranaediciones@gmail.com

comunicaciones@elperroylarana.gob.ve

editorial@elperroylarana.gob.ve

Páginas web:

<http://www.elperroylarana.gob.ve>

<http://www.ministeriodelacultura.gob.ve>

Depósito legal lf40220089003861

ISBN 978-980-14-0151-3



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**

El Juramento

del Monte Sacro: un legado de dos siglos

PEDRO SALIMA

PREVIO AL MONTE SACRO

Nadie supone a Simón Bolívar como una especie de Dios destinado por alguna fuerza sobrenatural para que estuviese al frente de las luchas independentistas de Venezuela y varios países del sur de América. Un hombre cuyo origen de clase es inequívocamente burgués, no termina por obra y gracia del Espíritu Santo siendo el artífice del proyecto histórico de unidad de América Latina, sin duda el proyecto más audaz del pensamiento político del siglo antepasado, cuya vigencia, enmarcándose en otra época y disímiles circunstancias, se proyecta hasta nuestros días.

A Simón Bolívar lo antecedieron personajes, hechos, circunstancias y épocas que sirvieron para crear las bases de su pensamiento, proyecto y acción. En principio, en su propia casa, empezó a escuchar ideas sobre las luchas independentistas; ideas que involucraban a su familia. En esos primeros años de su vida llegó a hacerse amigo de don Manuel Matos, para entonces un propagandista, un agitador de la independencia, que terminó uniéndose abiertamente a estas luchas a partir de 1808. En un futuro, la amistad con Matos fue determinante para que Bolívar se uniera de manera definitiva al movimiento independentista.

Por boca de sus familiares, Bolívar se habría enterado de la intranquilidad existente entre los blancos criollos ante el dominio que en el sector económico mantenía la Corona española. Escuchó en esos años del alzamiento en armas de Juan Francisco de León, cuya revuelta tuvo lugar en 1749 bajo el nombre de pedimento, y que fue la exigencia de una reestructuración en los derechos de los latifundistas —criollos e isleños— frente a la compañía Guipuzcoana. El de León fue un movimiento que partió de un sentido de justicia social, cuya referencia en el hogar en algo influyó en el ánimo de Bolívar.

Los potentados criollos de entonces habrían dado su apoyo a los rebeldes de Panaquire en sus acciones contra la compañía Guipuzcoana, la cual fue liquidada apenas dos años después del nacimiento de Simón Bolívar.

No olvidemos, para comprender mejor esta situación, que los criollos conformaban una clase social constituida por los descendientes de españoles puros, pero eran nacidos en América; por lo tanto, en teoría conformaban una élite afortunada y se suponía que eran los indicados para regir el nuevo mundo; sólo que la Corona prefirió colocarlos lejos de los puestos gubernamentales ante la amenaza posible del nacionalismo que se predicaba en Europa y Norteamérica. De allí que se enviaba desde España a hombres de lealtad comprobada a ocupar estos cargos.

En medio de este cuadro, a los doce años, Bolívar supo del alzamiento en la sierra falconiana del zambo José Leonardo Chirino, definido por el Estado español en América como un reo de alta traición. Aquella revuelta significó un embrión

importante en la lucha independentista, mezclada con la exigencia de la liberación de los esclavos. Ambos conceptos claves para el futuro mundo del Libertador.

No sabemos si Bolívar tuvo temprana referencia de otros movimientos preindependentistas que antecedieron al de José Leonardo Chirino, como el caso de la rebelión de Andrés López del Rosario, el zambo Andresote, producida entre los años 1730 y 1733, contra los controles impuestos por la Real Compañía Guipuzcoana, establecida en la provincia de Venezuela desde 1728.

A estas acciones de Andresote le seguiría la rebelión de San Felipe (1740-1741), considerada como un importante precedente al 19 de abril de 1810. Fue una reacción de hacendados, comerciantes y hasta esclavos contra la Corona española y sus instituciones. De nuevo el cacao estuvo en el epicentro del conflicto.

Otra expresión de las luchas preindependentistas fue la sublevación de la ciudad de El Tocuyo en 1744, cuya motivación también fue económica. A estas acciones siguieron las mencionadas de José Francisco León y luego, en 1781, se dio el movimiento comunero en Mérida, cuyas acciones reivindicativas pusieron en dificultad la vigencia de la autoridad española.

La insurrección comunera en Mérida comprometió a los terratenientes, pequeños propietarios, jornaleros, artesanos, campesinos y otros trabajadores hostigados por las nuevas cargas impositivas de la Corona. Se considera un movimiento vital en la lucha preindependentista por ser una insurrección fundamentalmente popular, aunque hubo participación de terratenientes. De ella nos dice Carlos Muñoz Oraá:

Muchos de estos ricos ligados de una u otra forma a la Corona, y temerosos de que por el curso de los acontecimientos la rebelión llegara a convertirse en una mayor amenaza (...) se vieron involucrados en la insurgencia, bien por el acoso popular o para contener los excesos de la plebe. Otros para minar la rebelión o para medrar a costa de la misma en actitud astuta y ambivalente(1).

Movimientos como el de los comuneros y sus similares en otros países, fueron la base para la conformación de ideas de emancipación que incluyen a los pueblos en roles fundamentales; para decirlo de alguna manera: fueron una semilla de lo que hoy sería el poder popular. Quizás por eso en nuestra historia han sido marginados de los textos escolares, en un empeño por mantener en el olvido a los sectores populares como protagonistas de importantes luchas que iban más allá de la gesta independentista para colocarse dentro de los límites de lo que podría verse como una lucha de clases.

Hay constancias históricas que demuestran el conocimiento que tuvo Bolívar del movimiento de José Francisco León y el de José Leonardo Chirino en sus años de niñez y florecimiento de la adolescencia, de resto no hay precisión de que tuviese noción de los mismos; pero son importantes para comprender el espíritu independentista que empezaban a albergar muchos hombres y mujeres en el país.

De la conspiración de Manuel Gual y José María España, sí tuvo información Simón Bolívar en aquellos años de su formación; en ese movimiento estuvo involucrado el maestro Simón Rodríguez, quien diera clases a Bolívar entre 1792 y 1797, y se convertiría en su gran guía en el campo político. Pedagogo liberal, imaginativo y excéntrico, de vastos conocimientos del pensamiento universal, logró que su alumno se sintiese atrapado por las ideas nuevas de la libertad.

A raíz de su participación en esta conspiración contra la Corona española, el maestro Simón Rodríguez debió abandonar clandestinamente el país. El maestro de Bolívar y su posterior compañero e inspirador en el Juramento del Monte Sacro, habría sido ganado a la causa independentista debido a la lectura de los pensadores de la Ilustración y por su vinculación con el pedagogo mallorquín Juan Bautista Picornell.

Para entonces, Rodríguez, a quien ya se le consideraba un extravagante o estrafalario personaje —hasta se le conocía como un hereje—, le incentivaba para que leyera a Jean Jacques Rousseau y el nuevo pensamiento liberal que en Francia surgía. Fueron de vital importancia los cuatro años que ellos pasaron juntos, pues Bolívar tomó estas lecciones de inspiración para los tiempos difíciles que enfrentará más adelante.

Tanto es así que en su primer viaje a España, en conversaciones con el virrey Miguel José de Azanza, luego Duque de Santa Fe, Bolívar defendió los movimientos de insurrección que se daban en Caracas, que no eran otros que la revolución de Gual y España, movimiento insurgente que supo incorporar a gente del pueblo.

Ya en el año 1799, Bolívar, viviendo en Madrid en la casa de don Jerónimo de Ustáriz, marqués de Ustáriz, empieza a ir a la Academia de San Fernando, donde estudia a Locke, Condillac, Ruffon, D'Alambert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthot y todos los clásicos de la antigüedad, bien fuesen filósofos, historiadores, oradores o poetas. De esas lecturas se le va conformando un espíritu crítico, así como se alimenta de ideas revolucionarias, esenciales para su futuro como ductor de la independencia.

Tomemos las palabras que, según Hiram Paulding, capitán de la marina norteamericana, Bolívar usó en 1824 frente a él para reflejar su temprano interés por la política:

Desde mi niñez pensaba en la Independencia: yo estaba encantado con las historias de Grecia y Roma. La Revolución de los Estados Unidos era de fecha reciente y presentaba un ejemplo. El carácter de Washington infundió en mi pecho la emulación. Los españoles que ocupaban los destinos de Colombia en tiempo del Rey no sólo eran tiranos sino que estaban encenegados en los vicios más brutales. En 1803 fui a Francia con otros dos compañeros, Fernando Toro y Simón Rodríguez, y estábamos en París cuando la coronación de Napoleón: todo era regocijo en la ciudad, pero nosotros no salimos del cuarto y cerramos las ventanas. De Francia pasamos a Roma; en Roma ascendimos al Monte Palatino, allí nos arrodillamos todos tres y abrazándonos unos a otros juramos

libertar nuestra patria o morir en la demanda. Uno de mis compañeros, Fernando Toro, volvió conmigo a nuestra patria y pereció en el campo de batalla; el otro nunca volvió ni sé que ha sido de su suerte(2).

Nos toca aclarar que si bien Bolívar menciona al Monte Palatino, fue el Monte Sacro, tal como se demostró en otras oportunidades a través del propio Libertador, como en la carta fechada en Pativilca el 19 de enero de 1824 y dirigida a Simón Rodríguez:

¿Se acuerda Vd. cuando fuimos juntos al Monte Sacro en Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá Vd. olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó por decirlo así, un juramento profético a la misma esperanza que no deberíamos tener(3).

Leamos también el testimonio de Simón Rodríguez:

Un día, después de haber comido y cuando ya el sol se inclinaba al Occidente, emprendimos paseo hacia la parte del Monte Sagrado. Aunque esos llamados montes no sean otra cosa que rebajadas colinas. El calor era tan intenso que nos agitamos en la marcha lo suficiente para llegar jadeantes y cubiertos de copiosa transpiración a la parte culminante de aquel mamelón(4).

Hacia el Monte Sacro

El joven Simón Bolívar, caraqueño venido de una familia dueña de una rica fortuna representada por minas, haciendas cacaoteras y cientos de esclavos; además viudo, enamorado, que si bien estaba gastando dinero de manera fácil, entre el despilfarro y la banalidad, no dejaba de destacarse entre los demás, pues había aprovechado sus viajes de juventud para adquirir un cúmulo de conocimientos sobre los valores sociales, culturales, sistemas políticos, criterios ideológicos, potencial humano y situaciones económicas. Además, había tenido una niñez en la que se escapaba a jugar con los hijos de esclavos y mestizos, permitiéndole el nacimiento de una especial sensibilidad social. De alguna manera, en él estaba sembrado el germen de las inquietudes independentistas.

En realidad para esa época su proyecto de vida era muy limitado, tal como correspondía a un joven acomodado y sin problemas existenciales: casarse con una dama de su medio social, levantar un hogar ceñido a las elementales normas sociales, tener hijos e ir aumentando el número de propiedades en su haber. Olvidando, de esta manera, cualquier acción política contra la Corona española.

Bajo ese esquema mental se casa con María Teresa del Toro y regresa a Venezuela. A los pocos días un accidente en su vida habrá de cambiarle el destino: María Teresa muere de fiebre amarilla el 22 de enero de 1803, entre el asombro y

consternación de la familia. La prematura viudez le transforma su modo de vida. Se ve sumergido en la tristeza y decide emprender un segundo viaje a Europa, en esta oportunidad con más claridad en sus ideas políticas. El propio Bolívar confesaría después el cambio radical que sufrió su existencia: «Miren ustedes lo que son las cosas; si no hubiera enviudado quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el General Bolívar, ni El Libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser Alcalde de San Mateo».

El 23 de octubre de 1803 Bolívar se embarca en La Guaira para Cádiz. Se le abrían nuevas posibilidades de aprendizaje, puesto que los viajes resultaron para este joven nuevos conocimientos, y él mismo llegó a darles esa importancia. El 10 de mayo de 1828 afirmó:

Es de creer que en Caracas o San Mateo no me habrían nacido las ideas que me vinieron en mis viajes, y en América no hubiera tomado aquella experiencia ni hecho aquel estudio del mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me ha servido en todo el curso de mi carrera política.

El Monte Sacro

En principio recordemos que el Monte Sacro se ubica en las afueras de Roma y es un sitio que invita a la reflexión, a soñar despierto, a mezclar imágenes ficticias con sucesos reales. Pudiera ser como el Monte de los Olivos, quizás hasta como El Chimborazo, que ha llegado a provocar delirios o sueños de grandeza.

Entonces, el Monte Sacro estuvo allí. Cerca, en Roma, caminaba y cavilaba Simón Rodríguez, hombre culto, adelantado para su época, presto a romper esquemas y a asumir retos. Para muchos un extravagante; según otros, un loco. Era un ser con muchas lecturas en su haber, con sueños que le afloraban mientras dormía, en la duermevela o en el simple descanso. Sueños con una patria libre.

El maestro, pensador y escritor ya transitaba por un discurso que rompía con el esquema clásico y colonial, buscando nuevas formas de aproximarse a lo que era su país. Era, en sí, un inventor de lo social, de lo educativo y lo cultural, pues consideraba que la ruptura con el coloniaje debería ser total. Proponía, a partir de ese discurso renovador, un vehículo para la verdadera libertad de pensamiento. Parte de un principio filosófico: lo único constante es la variación. Además, ideaba al nuevo republicano, al hombre de una ética patriótica, invulnerable. Consideraba que el sujeto humano se dotaba, a partir de la acción social, de elementos que lo formaban política e históricamente. Éste es el principio de la posibilidad de una pedagogía republicana, verdadero proyecto para la constitución de ciudadanos libres.

Para Simón Rodríguez, cualquier intento de luchar por la independencia de nuestros países, pasaba por el conocimiento de lo étnico, geográfico, lingüístico, social, de las costumbres y de lo religioso.

También cerca, por allí, en algún salón de fiesta, quizás aceptando una cena donde pudiera cortejar a una bella dama, uno de sus alumnos predilectos en Caracas. ¡Tanta inteligencia desperdiciada en frivolidades!, pudo pensar el maestro, convencido, quizás, de que su tarea de educador no había cerrado su ciclo con aquel jovencuelo. Asumía que era su deber sacarlo de ese universo frívolo donde se había sumergido.

Los viajes realizados por aquel Simón Bolívar joven y de vida banal, no han sido en vano. Tampoco habrían sido inútiles las clases del maestro Simón Rodríguez en Caracas, pues las enseñanzas del pensador y pedagogo le permitieron absorber, rechazar y discutir ideas cuando le tocó encontrarse con un mundo nuevo, repleto de discusiones, convulsionado por pensamientos libertarios.

Conocer ese mundo le dio acceso a conocimientos sobre valores de la sociedad y la política, del manejo de sistemas socio-económicos, ética del hombre, además de potencial humano. Aprendizajes que le permitieron abordar temas a profundidad. Como bien lo leímos antes, al reseñar su encuentro con el virrey Miguel José de Azanza, mientras estaba en el disfrute de una vida social cómoda también expresaba sus ideas políticas en conversaciones y encuentros con amigos o allegados.

De esa época se señalan sus críticas a la corrupción que empezaba a tomar cuerpo en París, momentos en que comienza a expresar su interés por hacer algo útil a favor de su patria. Es el momento en que pregunta por todo, se informa, lee y habla. Además, empezaba a cuestionar, a señalar los males del poder en aquella sociedad que percibía pervertida. Bolívar llegó, incluso, a interesarse en las ciencias para brindar sus conocimientos a Venezuela, quizás esto último fuese resultado de su trato con sabios como el barón Von Humboldt y Aimé Bonpland.

Con ambos tuvo la oportunidad de intercambiar ideas, sueños y propuestas sobre la independencia, la libertad y los movimientos revolucionarios. Especialmente con Humboldt, con quien las conversaciones fueron de mayor profundidad. Ese joven Bolívar, a la par de divertirse y vivir con holgura, absorbía conocimientos de varias fuentes, mientras maduraba proyectos superiores. Acompañado de Simón Rodríguez, Bolívar pudo observar en Europa la agonía de las relaciones de servidumbre y el inicio del capitalismo, vivencias esenciales para la praxis social en sus futuras luchas. Su maestro procuraba independizarlo, alejarlo de la realidad tradicional para que abrazara la necesidad de librar batallas superiores. Lo llama a romper con aquellos mediocres que se creían dueños de la sensatez, la seriedad y el buen juicio. Para ellos la idea de la independencia era una locura imposible de concretar.

Las lecciones de su maestro, la genialidad observada en éste, sirven de soporte para la inspiración que sobre el joven Bolívar ejerce la Revolución francesa, sumado al Enciclopedismo, del cual bebía las biografías de personajes de la historia de Europa, en especial de Francia e Italia; enseñanzas y factores que le despiertan deseos de movilizarse a favor de la independencia.

Las vivencias y voces de patriotismo traídas de su hogar sirvieron para armar lo que posteriormente Bolívar expresara en el Monte Sacro. No olvidemos que su padre, junto a Martín Tovar y el marqués de Mijares, habría enviado una carta a Francisco de Miranda pidiéndole que iniciara la revolución de la independencia. Eso fue el 24 de febrero de 1782, un año antes del nacimiento de quien a la larga fue el Libertador, pero había quedado en el seno de la familia como un gesto de valentía.

De allí que no sean casuales las referencias que en las primeras líneas del Juramento de Monte Sacro hace a Rómulo, Numa, Augusto, Nerón, César, Bruto y varios más, volcándose también a las perversidades, vicios y ambiciones presentes en estos personajes, lo que le permite decir a los cuatro vientos, en medio de la exaltación de sus palabras:

Este pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la humanidad: Mesalinas corrompidas, sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros; pero para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de su razón, bien poco, por no decir nada.

Con ello marca distancia con las posibles y dadas depravaciones del poder; vicios que en cualquier sociedad son la base para las injusticias, la falta de libertades y la imposición de cúpulas desmedidas en sus ambiciones. Encierran estas palabras uno de los mensajes del Libertador que aún tienen vigencia en el mundo actual, más en un proceso de transformación como el planteado en Venezuela. Aquel joven Bolívar expone su rechazo a la traición, a la imposición del poderoso sobre los débiles y al poder sin control de la sociedad. Además, se apuntala en la necesidad de la unidad de los pueblos. Ese rechazo a la imposición de los poderosos y su apego a la unidad son parte de la herencia bolivariana que hoy nos acompaña.

Bolívar, para la época, sin duda bajo la influencia de Simón Rodríguez, lector de Locke, Montesquieu y otros, visualiza que todo poder ejercido sin justicia social, bajo el signo de la corrupción, se pervierte hasta volcarse contra el pueblo. Sin duda que en estas palabras están presentes las lecciones de su maestro, quien ya desde muy joven habría enfrentado a uno de los grandes poderes: la Iglesia.

Resulta importante resaltar que algunos historiadores, como Vicente Lecuna, no le han dado valor a la influencia de Simón Rodríguez en Bolívar durante los años de niñez, adolescencia y juventud de éste; por supuesto, menos a la influencia que a partir de 1824 ejerce sobre el Libertador para que éste asuma posturas contra la oligarquía de entonces.

Lecuna fundamenta su opinión en dos elementos. En primer lugar, afirma que la diferencia de edad entre Simón Rodríguez y Simón Bolívar era apenas de once años, lo que impedía que se diera ese proceso de enseñanza y aprendizaje. En este

señalamiento, demasiado numérico e impersonal, muy convencional, no considera que en esa etapa de la vida once años son bastante en cuanto a adquisición de conocimientos, más en un lector empedernido como lo fue el maestro Rodríguez. Además, para la época, quien luego fuese Samuel Robinson ya conspiraba junto a Gual y España, irrumpía contra las ideas conservadoras y sostenía una postura polémica frente a la religión. Cuando fue maestro de Bolívar, ya su capacidad de observación y sus inquietudes lo habían llevado a mostrar un profundo interés por reformas dentro de la escuela. Y ya en 1794 presentó al Cabildo de Caracas un proyecto de escuelas públicas, en el cual se nota la influencia de Rousseau, tomadas del libro *Emilio o de la educación*. Tanto es así que años después el pensador francés Marius André escribe: «Rodríguez es un Rousseau tropical».

En segundo lugar, Lecuna afirma que Simón Rodríguez no fue maestro de Bolívar, pues sólo era el amanuense del administrador de los bienes de la familia de éste. Si bien esto último es cierto, no negaba la otra condición, la de maestro, más cuando se da una relación tan estrecha entre ambos, identificados con ideas de libertad, cambio y ejercicio de la tolerancia.

Para sustentar su opinión, Lecuna cita al propio Simón Rodríguez, cuando éste, según carta ubicada y compilada por Pedro Grases, escribe:

En eso de las primeras letras ya me había ejercitado un poco durante mi juventud, dando lecciones a ese hombre a quien se admira tanto, cuando él era un despabilado rapazuelo. Por eso seguramente se dice que fui su ayo, pero más que maestro, aseguro que fui su discípulo, pues por adivinación él sabía más que yo por meditación y estudio.

No cabe duda que la lectura de Lecuna a este texto es lineal, sin observar que en esas palabras se aprecia una parte del legado que dejó Simón Rodríguez, como es el del aprendizaje mutuo entre el maestro y el alumno, así como el del aprendizaje por observación, que precisamos en lo de “adivinación”. En esas frases, al contrario de la opinión del historiador, se nos presenta como el pedagogo renovador que fue, el hombre de palabras mordaces, capaz de burlarse de sí mismo.

Tampoco es capaz Lecuna de percibir el desprendimiento de Simón Rodríguez al considerar que él aprendió de Bolívar. Pero no se trata de un desprendimiento por modestia o simple humildad, sino una expresión bajo el cielo del ingenio, de la sabiduría de quien enseña y aprende al mismo tiempo. Parte del pensamiento pedagógico de Rodríguez se expresaba en tan pocas palabras.

Con estas afirmaciones, Simón Rodríguez lo que nos hace es reafirmar su genio intelectual que vio en el Bolívar de esa época, en ese despabilado rapazuelo, las condiciones para ser un líder capaz de colocarse a la cabeza de sus contemporáneos e incluso, de personas más adultas y mayor experiencia.

Insiste Lecuna en señalar que no hay influencia de Simón Rodríguez en las ideas políticas de Bolívar, obviando la importancia de que este hombre hubiese formado parte de la conspiración de Gual y España, que fue un hombre formado con ideas

políticas muy claras y que el propio Bolívar lo reconociese como su maestro en varias oportunidades. Además, la experiencia vivida por ambos en Francia, y luego ese viaje juntos a Roma que los llevó al juramento en el Monte Sacro, no puede negar la influencia que políticamente ejercía Simón Rodríguez sobre el futuro Libertador. En París, Simón Rodríguez compartió con amigos de Bolívar, intentando también ejercer peso político en ellos. En todo caso, mostró una deferencia especial por el futuro Libertador.

En todo caso, el propio Bolívar, en Pativilca, el 19 de enero de 1824, le escribiría a su maestro:

¡Oh, mi maestro! ¡Oh, mi amigo! Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted ha visto mi conducta; usted ha visto mis pensamientos escritos, mi alma pintada en el papel, y usted no habrá dejado de decirse: todo esto es mío, yo sembré esta planta, yo la regué, yo la enderecé tierna; ahora, robusta, fuerte y fructífera, he aquí sus frutos: ellos son míos.

Así, pues, queda ante la historia bien clara la influencia que sobre El Libertador ejerció Simón Rodríguez, un sabio, un docente con métodos originales, capaz de asumir el reto de destruir para crear y construir a partir de sus dotes intelectuales, creativas, irreverentes y llenas de independencia.

El maestro Rodríguez supo descubrir en el niño Bolívar el genio que pocos hombres en el mundo llegan a poseer. Además, para ese momento, el joven educador es un innovador dentro de la educación.

El juramento

El maestro Simón Rodríguez era el poseedor de los conocimientos, de los valores culturales, de los saberes de la historia; su antiguo alumno, el joven Simón, llevaba consigo la pasión juvenil, el arrojo, los deseos de luchar y también muchas lecturas bajo el influjo de su mentor y las realizadas por cuenta propia o bajo la custodia de otra gente cercana, lo que le abría paso de manera fácil al conocimiento del mundo. Algunos investigadores consideran que el naturalismo-dialéctico y la visión social en las ideas de Simón Rodríguez tomaron cuerpo en Bolívar. Si bien entendemos que para esa época todavía Rodríguez no había tenido vinculaciones con los socialistas utópicos, en él ya se albergaban ideas del cooperativismo.

Envueltos en conceptos y sueños, Simón Bolívar y Simón Rodríguez, junto a Fernando Toro, subieron al Monte Sacro para estar juntos los tres, el 15 de agosto de 1805. El joven Bolívar con su maestro, absorbiendo todavía conocimientos de las palabras de Rodríguez, bebiendo de ese saber que le permitía ir diciendo al viento, al mundo o a la nada, un discurso donde brotaba el conocimiento de la

cercana historia de Roma y la perversión social y moral que caminaba de mano de sus personajes e instituciones.

El intelecto en la primera parte del discurso de Bolívar en el Monte Sacro, el argumento que se esgrime desde la ética para condenar los desbarajustes de un poder que se ha corrompido, no es casual. No es una condena llevada por la pasión, presa fácil de frases altisonantes, sin profundidad; al contrario, la pasión es acompañada por el conocimiento de la historia, de la sociedad y de los personajes que conforman el poder en la Roma de aquellos años.

Releamos el Juramento del Monte Sacro:

¿Conque éste es el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna. Octavio se disfraza con el manto de la piedad pública para ocultar la suspicacia de su carácter y sus arrebatos sanguinarios; Bruto clava el puñal en el corazón de su protector para reemplazar la tiranía de César con la suya propia; Antonio renuncia a los derechos de su gloria para embarcarse en las galeras de una meretriz; sin proyectos de reforma, Sila degüella a sus compatriotas, y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza. Por un Cincinato hubo cien Caracallas, por un Trajano cien Calígulas, y por un Vespasiano cien Claudios.

Este pueblo ha dado para todo; severidad para los viejos tiempos; austeridad para la República; depravación para los emperadores; catacumbas para los cristianos; valor para conquistar el mundo entero; ambición para convertir todos los Estados de la tierra en arrabales tributarios; mujeres para hacer pasar las ruedas sacrílegas de su carruaje sobre el tronco destrozado de sus padres; oradores para conmover, como Cicerón; poetas para seducir con su canto, como Virgilio; satíricos, como Juvenal y Lucrecio; filósofos débiles, como Séneca; y ciudadanos enteros, como Catón.

Este pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la humanidad: Mesalinas corrompidas, Agripinas sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros; pero para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de su razón, bien poco, por no decir nada.

La civilización que ha soplado del Oriente, ha mostrado aquí todas sus fases, han hecho ver todos sus elementos; mas en cuanto a resolver el gran problema del hombre en libertad, parece que el asunto ha sido desconocido y que el despejo de esa misteriosa incógnita no ha de verificarse sino en el Nuevo Mundo.

¡Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor, y juro por mi Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español!

Percibimos en el discurso la presencia de las lecturas, del conocimiento; aunque algunos historiadores, como Vicente Lecuna, dudan que Bolívar haya sido el autor de estas palabras. Sustenta su tesis en que el texto del Juramento fue publicado varios años después de la muerte del Libertador y que el mismo fue dictado por Simón Rodríguez al doctor Manuel Uribe Ángel, colombiano(5), en 1850. Desde nuestro punto de vista observamos que el intento de expresar en un breve discurso tantos conocimientos, tal como se observa en el mismo, requiere de una mezcla de lecturas, pasión y delirio, por no incluir la parte mágica que acompaña a los nacidos en el Caribe o cerca de él.

En todo caso, si consideramos la juventud de Bolívar para entonces y el tono filosófico de la primera parte del discurso, podríamos abocarnos hacia un joven intrépido, soñador, que aferrado a muchas lecturas, afectado por la perversión del poder que veía en Francia e Italia, se siente capaz de soltar al viento todo ese cúmulo de nombres y situaciones, haciéndolo de manera apresurada, sólo que bajo la correspondencia de un muchacho educado para hablar de manera correcta.

Si releemos con cuidado esta parte del juramento, percibiremos a un joven deslumbrado por tantas lecturas, por el saber de personajes, historias, datos y perversiones en una sociedad; y que son saberes recientes, que se llevan a flor de piel, que parecieran tocarse. De esta manera explotan en su voz con ímpetu, adentrándose en puntos esenciales en la vida de esos personajes, pero sin profundizar en ellos. Sólo lo que se puede percibir a partir de las lecturas y de las tantas lecciones tomadas de su maestro, hombre enérgico y radical, tal como se percibe Bolívar en el discurso.

De allí la posibilidad de un discurso o proclama en boca de un joven inteligente, leído, audaz, también engreído y que, no sabemos si llevado por el maestro, se siente capaz de colocarse por encima de las dificultades adversas para luchar por su país.

La parte final del discurso es el joven Bolívar desbocado, incontrolable y arrogante, creyéndose en condiciones de librar y ganar batallas, no importa contra quién. Preludio a discursos, frases y proclamas que años después lo presentaron como un resuelto líder político y militar. Indagar en otros textos del Libertador será encontrar la fuerza y la pasión de esta parte final del juramento.

Bolívar, en el Juramento del Monte Sacro, anuncia que en el Nuevo Mundo, en nuestro continente, será posible resolver los problemas del hombre en libertad. Asimismo, es el preámbulo a una lucha sin cuartel. Avizoramos en su juramento lo que luego expresaría en el Decreto de Guerra a Muerte: nada podría detener el logro de la independencia.

¿Producto de lo emotivo del momento? ¿Llevado por un impulso? Si bien la juventud de Simón Bolívar hace posible tal hipótesis, no es menos cierto que el conocimiento adquirido por él sobre la historia de Europa, la presencia de una diversidad de pensamientos a su alrededor, las enseñanzas de su maestro Simón Rodríguez, el contacto con Humboldt; aunados a los vicios enquistados en aquellos

gobiernos, le señalaban la necesidad de transitar por otros senderos para construir una nueva sociedad, de cierta manera obedecía a la urgencia de inventar antes que errar, dentro de los esquemas ya conocidos.

Pudo entender en ese momento que los poderes monárquicos, conservadores y arbitrarios, daban pie a la corrupción; una corrupción que bajo el amparo del poder económico se cernía peligrosa contra los pueblos y sus deseos de liberación.

Cuando Bolívar en el Juramento del Monte Sacro dice:

¡Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor, y juro por mi Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español!

se anticipa a lo que años después, el 3 de julio de 1811, diría: ¡Vacilar es perdersnos! Frase que nos sigue hasta nuestros días cuando debemos asumir que cualquier momento de vacilación, cualquier actitud de «unirnos para reposar, para dormir en los brazos de la apatía», como alertara Bolívar en 1811, sería fatal para la lucha por una sociedad justa. Nace de allí, en el Monte Sacro, la urgencia de plantearnos una lucha sin descanso contra todo tipo de imperio.

En resumen, en el Monte Sacro se dan las circunstancias para que Bolívar pase a ser el hombre de la independencia, de las luchas por la libertad y de comprender la diversidad de un pueblo como el venezolano; allí todo lo que ha bebido de libros y maestros, lo que ha escuchado en su hogar, todo lo que ha sufrido, todo lo que ha sentido, se une con lo sublime del instante. Es el momento para comprometerse ante su maestro de pasar del pensamiento a la palabra y, luego, a la acción. La voluntad estaba en él, era sólo cuestión de tiempo para que se presentara la oportunidad adecuada.

En Simón Rodríguez encontraba al hombre que entraba en la universalidad del pensamiento, pero que siempre se mantuvo fiel a la idea de que nuestros países deberían andar por senderos propios.

En 1828, escribe una gran obra, *Sociedades americanas*, desde la que despierta inquietudes, resquemores, miedos y rechazos en la clase alta. En ella insiste en la necesidad de buscar soluciones propias para los problemas de Hispanoamérica, idea que sintetiza su frase: «La América Española es orijinal, orijinales han de ser sus instituciones i su gobierno, i orijinales sus medios de fundar uno i otro. O Inventamos o Erramos».

Ese Simón Rodríguez del que se despidió en Europa se convierte en un errante, en un aventurero que logró sobrevivir gracias a su talento, conocimientos y lecturas. Veinte años para su reencuentro, y el mismo se da cuando ya su maestro ha tenido contacto con los socialistas en Europa, pero sigue empeñado en que nuestros países no copien otras experiencias.

Enseñanzas del Monte Sacro

Bolívar en el Juramento del Monte Sacro anuncia que ese pueblo, el del Imperio romano, da para todo, menos para la causa de la humanidad. De inmediato señala una serie de perversiones propias de un imperio para esa época y que son aplicables al imperio que hoy predomina en el mundo. En ese momento precisa en pocas líneas lo que ya hunde al viejo continente y que anuncia no debe darse en América.

¿Era algo natural o propio de los romanos? El conocimiento que tenía el Libertador para entonces, y que maduraría con los años, le señalaba que no era esa la respuesta. La verdad la encerraba el imperio mismo en su estructura, su ideología, su armatoste administrativo, económico, social y político. Los vicios observados y denunciados por él en el Juramento del Monte Sacro, las traiciones de la época, llevaban en sus entrañas el peso del poder económico, que era el resorte que movía tantas ambiciones. Para llegar a esta conclusión, habría pasado por muchas lecturas y actuaba bajo la influencia de un hombre de ideas claras como lo era Simón Rodríguez. Para esa oportunidad también había leído a hombres como John Locke (1632-1704), en quien vio al pensador preocupado por establecer mecanismos de control sobre el ejercicio del poder. Además de captar en el mismo el concepto de la libertad del hombre para lograr la sociedad feliz, libre de ataduras más allá de las impuestas por la razón.

La experiencia dejada en el hombre por el sometimiento de unos pueblos bajo el poder de otros, vivida en los imperios egipcio, asirio, persa, griego, romano, carolingio, musulmán, otomano, español, inglés, francés, holandés u otras variantes de imperios en África y Asia, señalaba por sí misma las perversiones de todo poder imperial; por eso fue una experiencia rechazada y denunciada por Bolívar en el Juramento del Monte Sacro, tal como se expresa en su condena a las figuras más relevantes del Imperio romano.

En este discurso, el joven venezolano plasma de una vez su propósito de lograr naciones independientes para garantía de las libertades y la justicia social.

Bolívar precisó que Europa, con todo el avance cultural y social que existía, pudo ser testigo de un honesto intento de unidad de naciones, pero que este intento no se concretaba porque siempre el más poderoso se imponía; el de Napoleón estuvo basado, como los anteriores, en la expansión, conquista y dominación de pueblos.

Ya en ese juramento, Bolívar precisaba que el poder económico, la mala administración de los bienes públicos y el excesivo dominio de una sociedad creaban las bases para una sociedad injusta, viciada y propicia a caer en depravaciones. Apreciemos que al decir: «Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna», señala que sobre los valores de esa sociedad que despertaba a nuevos tiempos se levantaban también el desenfreno y la inmoralidad que habrían de llevarla a su destrucción.

Su maestro, Simón Rodríguez, escribiría:

El deseo de enriquecerse ha hecho todos los medios lejitimos, i todos los procedimientos legales: no hai cálculo ni término en la Industria —el egoísmo es el espíritu de los negocios, i los negocios la causa de un desórden, que todos creen natural, i de que todos se quejan(6).

Denuncia, asimismo, cómo el imperio, para solidificar su poder pervertido, ha usado a filósofos, pensadores, poetas y oradores, tal como en otros tiempos, aun en los nuestros, también se han usado y se usan para usufructuar el poder.

Este señalamiento de Bolívar contra estos pensadores no puede considerarse como un rechazo al intelecto, pues el Libertador creía en la educación, en el culto de la inteligencia, sólo que marcaba distancia con el pensamiento al servicio del poder de los imperios. El venezolano prefería abrazar las ideas de aquellos pensadores que abogaban por la democracia y la justicia social.

De todos modos no faltó quien cuestionara la formación intelectual de Bolívar. Una de sus respuestas más concretas fue a la obra de G. Mollien, un viajero francés que estuvo de visita en Colombia en 1823 y emite juicios sobre algunos personajes del país. El Libertador, en respuesta, le escribe a Santander:

Lo que dice de mí es vago, falso e injusto. Vago porque no asigna mi capacidad; falso porque me atribuye un desprendimiento que no tengo; e injusto, porque no es cierto que mi educación fue descuidada, puesto que mi madre y mis tutores hicieron cuanto era posible para que yo aprendiese: me buscaron maestros de primer orden en mi país. Robinson, que Vd. conoce, fue mi maestro de primeras letras y gramática; de Bellas Letras, nuestro famoso Bello; se puso una Academia sólo para mí por el Padre Andujar, que estimó mucho el Barón de Humboldt. Después me mandaron a Europa a continuar mis matemáticas en la Academia de San Fernando y aprendí los idiomas extranjeros con maestros selectos de Madrid; todo bajo la dirección del sabio Marqués de Ustáriz, en cuya casa vivía. Todavía muy niño, quizás sin poder aprender, se me dieron lecciones de esgrima, de baile y de equitación. Ciertamente que no aprendí ni la filosofía de Aristóteles ni los códigos del crimen; pero puede ser que Mr. de Mollien no haya estudiado como yo a Locke, Condillac, Bufón, D'Alambert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Fillangieri, Lalande, Rosseau, Voltaire, Rollin, Berthot y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses(7).

Esta precisión sobre sus conocimientos que hace el propio Bolívar nos acerca a una de las verdades contenidas en el Juramento del Monte Sacro: se requiere de preparación, nociones del mundo e ideas para asumir el reto de luchar por la libertad y la justicia social, sin el peligro de dejarse llevar sólo por la emotividad

y el voluntarismo. Algo que años después reafirmaría José Martí. Y, como señalamos antes, en el caso de nuestros países hay que añadirle la pasión, la locura y la magia para completar las bases de cualquier lucha por un mundo mejor; y ese hecho mágico que de alguna manera se había expresado en la insurrección de José Leonardo Chirino o en el alzamiento de los comuneros de Mérida, se ha mantenido en los movimientos revolucionarios de América Latina. El conocimiento, la educación y la formación intelectual, al lado de la pasión, la magia, la gallardía, son una mezcla de elementos que han acompañado a quienes han liderado los movimientos transformadores en nuestros países.

Si esa experiencia la traemos a nuestros días, el imperio norteamericano queda al desnudo con sus perversiones, con su afán de imposición, con la carrera armamentista que le permite sentirse la nación más poderosa del mundo. Queda al desnudo su mero interés por lo económico, sin importarles el hombre, ni la naturaleza.

De allí que todavía se perciba el imperioso compromiso de Simón Bolívar en su juramento. Su llamado a construir algo nuevo en nuestros países prevalece. Es posible, pues las propias condiciones, las raíces nuestras, las culturas propias que todavía sobreviven gracias a una silenciosa resistencia, nos abren la posibilidad de ser distintos, siempre que seamos capaces de romper con la transculturización de manera tajante; lo mismo con el modelo político que nos impone el imperio, con las agendas económicas que se preparan fuera de los territorios nacionales y con la conducta entreguista de muchos de nuestros dirigentes que han optado por obedecer de forma cobarde.

Y después del juramento

Nada hubiese pasado en nuestro país ni en los otros países de esta parte del mundo donde intervino Bolívar con sus luchas, si todo se hubiese quedado en el Juramento del Monte Sacro. Quizás hubiese sido una importante referencia histórica, una cita para los libros de los historiadores, una anécdota intelectual y de compromiso moral. O, quizás, nunca se hubiese sabido nada del mismo, si tomamos en cuenta que es Simón Rodríguez, defensor de Bolívar, admirador de éste, quien lo hace conocer al mundo.

Se requería, pues, de una acción práctica que le diese veracidad a aquel valiente compromiso adquirido en Roma. El juramento necesitaba convertirse en una realidad y para ello aquel joven debería atender a su maestro: romper con quienes se amparaban en la sensatez y la cordura, pues era justo obrar a favor de la libertad y la justicia.

Le tocaba, entonces, decidir qué iría a hacer de su vida a partir de ese momento; era necesario vincular lo que en estos días llamaríamos la teoría y la praxis, para así emprender la lucha revolucionaria por la libertad de su país ante la Corona española. Seguir envuelto en banalidades, optar por la vida fácil, no era la salida

más patriótica y comprometida para aquel joven impetuoso, sensible, arrogante y valiente.

Por supuesto, no fue una decisión inmediata, no olvidemos que la juventud y el dinero eran un peso que llevaba a Bolívar a continuar en medio de la buena vida en Europa, sin verse en la obligación de mirar hacia su patria. Para aquel momento, le escribe a Fanny du Villars, su prima, con quien mantuvo una estrecha e importante relación, y le dice, entre otras cosas:

Voy a buscar otro modo de existir; estoy fastidiado de la Europa y de sus viejas sociedades; me vuelvo a América; ¿qué haré yo allí?... Lo ignoro... Sabéis que todo en mí es espontáneo y que no formo jamás proyectos. La vida del salvaje tiene para mí muchos encantos. Es probable que yo construiré una choza en medio de los bellos bosques de Venezuela. Allí yo podré arrancar las ramas de los árboles a mi gusto, sin temor a que se me gruñan. ¡Ah! Teresa; ¡felices aquellos que creen en un mundo mejor! Para mí este es muy árido(8).

Si bien hay dudas de la veracidad de esta misiva, en especial por la fecha, pues el 1 de enero de 1807 Bolívar tocó puerto americano en Charleston, las expresiones leídas en la misma, así como los conceptos y frases son propios del Libertador. Además, el uso del término “espontáneo” para definir sus acciones concuerdan con lo que él fue y que le sirvió de mucho para comprender la realidad de nuestro país y de nuestra gente en esa época. No olvidemos, por ejemplo, que aquel joven, siendo todavía coronel, captó el interés de las masas atraídas por el bochinche, si nos atenemos a las palabras de Miranda en 1812.

Retornando a la carta, Bolívar en ella desnuda su angustia frente a la sociedad europea, se presenta con su carácter de hombre espontáneo, de alma tormentosa, apasionado, amante de la naturaleza, es decir, envuelto en la magia de su país. Todavía se muestra indeciso frente a sus próximos pasos en la lucha por la independencia. Era una lucha interna entre su juventud y el compromiso adquirido en el Monte Sacro.

Sólo hubo que esperar pocos años para que Bolívar se colocara a la cabeza del movimiento de independencia. Y todo se debió a la necesidad del pueblo de contar con un líder preparado intelectual, política y militarmente, un líder cuyo raciocinio dejara una hendidura al delirio expresado en las frases finales de su Juramento en el Monte Sacro, que fuese agresivo y culto; pues para entonces sólo caudillos y militares, sin ejército detrás, luchaban por la independencia.

Era, pues, un puñado de hombres que creían en la libertad y luchaban por ella. Gracias a Bolívar y a su vocación de líder, a ese compromiso lúcido y delirante, a la vez, esos hombres se convirtieron en un ejército, un ejército que estaba convencido de su poderío y que estaba seguro de su victoria.

Bolívar, aquel «joven que obedecía a la dictadura de sus caprichos», como dijera Francisco de Miranda, era el que estaba en condiciones de organizar y liderizar a la gente.

Legado del Monte Sacro

Unir a los países latinoamericanos bajo una sola bandera, una sola lucha y un mismo destino, fue su sueño, ese que ya se percibe en el Juramento del Monte Sacro. Allí, en esas inteligentes, cultas y, a la vez, delirantes palabras, está la idea de la unidad, de la integración; pero no para levantar un imperio lleno de vicios y edificado sobre las cenizas de otros pueblos, sino para construir una nueva sociedad que él sólo avizoraba en el Nuevo Mundo, en este continente.

Su idea de la unidad de nuestros países no era sólo para lograr una liga de países que se prestaran un apoyo mutuo en lo económico; sino la de crear una nueva nación próspera, en la que la educación fuese ejemplar, en la que los ciudadanos viviesen en democracia, sin la presencia de dictadores, ni de hacendados todopoderosos que pervirtieran a la sociedad ni se levantaran a costa de la pobreza del pueblo. Una nación en donde podríamos forjar nuestra identidad con tiempo y experiencia. Esa fue su principal intención, expresada en el Juramento del Monte Sacro.

La idea de Bolívar sigue teniendo vigencia, aunque no en las grandes proporciones visualizadas por él. Quizás no sea posible una nación única, pero sí la unidad de propósitos, la integración de varios países para lograr superar la pobreza y fortalecer la democracia en plena libertad, sin estar sometidos a un imperio poderoso. La idea de la unidad es posible sostenerla sobre las bases sólidas de nuestras raíces comunes.

También en el ejercicio cotidiano de la democracia sentimos el peso de las palabras de Bolívar en el Juramento del Monte Sacro. Desde allí nos reclama que será posible levantar una sociedad distinta en el Nuevo Mundo; una sociedad que no lleve la carga de las perversiones observadas en el Imperio romano.

Si nos volcamos a lo que hoy vivimos podremos observar que la democracia representativa solidificó a lo largo de cuarenta años, con una especie de legitimidad política e institucional, un cáncer: la corrupción. Ese mal fue mermando la credibilidad del pueblo en los políticos. Asimismo convirtió en espectáculo cotidiano, en panorama diario, la hediondez y suciedad de nuestras ciudades. Le dio una especie de certificado de legalidad a la desidia, el desorden y el caos en la administración pública, patentó como normal la viveza conciudadana para alcanzar metas sin mayores esfuerzos.

Bolívar nos advierte desde el Monte Sacro que una sociedad que se levante sobre ese sustento no puede caer sino en la perversión. Mucho más peligroso, añadimos nosotros, cuando esos vicios todavía son demasiado fuertes en la Venezuela de hoy,

en esa Venezuela que procura consolidar un proceso revolucionario y de transformación social. De allí la urgencia de atender al llamado del Libertador.

Hay, entonces, un significado del Juramento del Monte Sacro para nosotros internamente, para luchar a fin de no caer en las perversiones denunciadas por Bolívar como existentes en aquella sociedad corrompida. Alejarse del sentimiento del pueblo resultaría fatal para la nueva república. El otro significado es hacia el exterior, hacia la necesidad de la integración. El presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Hugo Rafael Chávez Frías, con motivo de realizarse en Puerto La Cruz la I Cumbre de Jefes de Estado sobre Petrocaribe en junio de 2005, dijo respecto al Juramento del Monte Sacro:

Propongo que tomemos símbolos como este Juramento de Simón Bolívar de hace 200 años para que hagamos lo que tengamos que hacer en estos días y en estas noches de estos años, para que nuestra querida comunidad caribeña no sea en el futuro, los años, las décadas y los siglos por venir, frontera imperial, sino que más bien sea territorio de libertad, de paz, de integración y de vida digna para todos.

Señaló que aún estaba viva la tragedia del Libertador presente en esas palabras.

No en vano, se hacen esfuerzos en ese sentido. Desde el Monte Sacro Bolívar nos sigue indicando que plantearnos hoy un panorama internacional donde siga prevaleciendo el concepto de civilización occidental es seguir aceptando lo hegemónico, pues es un concepto que atenta contra las nuevas identidades culturales, igualitarias y sin jerarquías. Luchar contra ese concepto es continuar la vigencia de aquel juramento bolivariano y robinsoniano.

De alguna manera el documento final de la IV Cumbre de la Deuda Social, cuando se nos plantea la necesidad de la Carta Social de las Américas, nos trae el Juramento del Monte Sacro a nuestros días. Allí, en su numeral seis, se expresa:

Nos comprometemos a impulsar la Carta de los Derechos Sociales de América, en una misión nacional e internacional, heredera del Juramento del Monte Sacro. El Juramento del Monte Sacro debe ser el aporte fundacional para reconstruir un mundo que tenga como eje un ser social renovado en sus objetivos de trabajo e igualdad. La Carta de los Derechos Sociales de América es el instrumento idóneo para el logro de estos fines, es el proyecto que debemos convertir en idea y fuerza para que se constituya en guía de la conciencia social de los pueblos de América. A esta propuesta de Venezuela ante la OEA, se suma el propósito de luchar por la vigencia de los derechos humanos y combatir los sueños imperiales fundados en el egoísmo depredador y el desprecio a las aspiraciones de todos de vivir la vida en toda su plenitud.

Allí está el llamado a la unidad, pero una unidad sobre la base de la justicia social, de la lucha contra los vicios que han venido corroyendo nuestras democracias; una unidad de la gente, del quehacer cultural, de lo social y lo económico.

Eso sería romper las cadenas con las que nos oprime el poder del nuevo imperio que desde el norte pretende seguir imponiendo sus directrices para el resto del continente.

NOTAS

- 1 Carlos Muñoz Oraá: *Los comuneros de Mérida*, p. 552.
- 2 Hiram Paulding: “Un rasgo de Bolívar en Campaña”. En: *Boletín de la Academia de la Historia*, Nro. 66, pp. 210 y 202.
- 3 Vicente Lecuna: *Cartas del Libertador*, t. IV, p. 32.
- 4 Fabio Lozano y Lozano: *El maestro del Libertador*, p. 88.
- 5 Vicente Lecuna: *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*, t. I.
- 6 Simón Rodríguez: *Obra completas*, t. II, p. 405.
- 7 Vicente Lecuna: *Cartas del Libertador*, t. IV, pp. 337-338.
- 8 Simón Bolívar: *Obras. Cartas, proclamas y discursos*, t. I, p. 32.

Claves

**para entender la contemporaneidad del
Juramento del Monte Sacro (1805-2005)**

LUIS ANÍBAL VELÁSQUEZ

ANTECEDENTES PSICO-SOCIALES. BOLÍVAR EN PARÍS

Hay rasgos que posibilitan traducir en el tiempo el por qué suceden hechos sociales que más tarde se transformarán en hechos históricos, los cuales beneficiarán a un inmenso conglomerado humano. Decimos esto en razón de lo que significa el Juramento del Monte Sacro, trazado mental y físicamente por el joven Bolívar.

De regreso de París viene con una carga de tristeza y de dolor, por la distancia que lo separaba de su patria, por la pérdida de María Teresa Toro, su esposa de menos de 20 años, por la situación sociopolítica que se vivía en las colonias en América y por la desilusión de ver a su héroe Napoleón Bonaparte convertido en emperador.

Antes de iniciar este salto cualitativo que nos llevará de la mano en el tiempo, donde el joven Bolívar hace referencia a uno de los países para ese entonces con mayor grandeza, y al mismo tiempo con pequeñeces, como lo va a referir en el Juramento del Monte Sacro, Bolívar había dedicado parte de su estadía en París al placer en todas sus formas: era un asiduo visitante a las casas de juego, las famosas Galeries de Bois del Palais Royal: pero eso sí, sin desdibujarse en su compostura y en su condición de representante de la aristocracia caraqueña. Anoto este detalle para contextualizar a Bolívar en lo humano, no como ese ser predestinado al que nos enseñaron a conocer casi sin hueso, carne y alma. Este es el Simón Bolívar que yo quiero en las estatuas y en la memoria de los pueblos de América Latina.

En París se encuentra con su pariente lejana Fanny du Villars, con quien dicen los biógrafos tuvo una empatía amorosa. Tan es así que Bolívar llega a llamarla Teresa, pretendiendo de esa manera recordar a su esposa. Su prima tenía para ese entonces uno de los salones más prestigiosos de la época en el centro de París, al cual acudían para platicar madame Recamier, madame de Saël, el vizconde Laine, los hermanos Lameth, el general Oudinot, Eugenio De Beauharnais (hijastro de Napoleón), el actor Talma, el escritor y político Chateaubriand, que acababa de publicar la novela romántica *René*, entre otros asistentes.

Volvamos con Fanny, la pariente de Bolívar. ¿Y cuál es nuestra insistencia en reivindicar su relación con el joven Bolívar? Hay elementos y registros históricos que nos permiten referir el influjo no tan sólo amoroso de la personalidad de la prima de Simón Bolívar, sino que logra sutilmente modificar el carácter y puntos de vista del caraqueño. Ella será posiblemente quien logre cambiar el rumbo de la vida cotidiana de Bolívar al observar las cualidades de líder que poseía el joven. Al recibir estos consejos de una mujer experimentada en el mundo parisino, Simón Bolívar se aleja del mundo del placer y el juego, donde por cierto había gastado grandes sumas de dinero.

Ella le hace reclamos y le pide además que asuma más cautela con respecto a las críticas que sobre la conducta del emperador Napoleón refería Bolívar en los distintos lugares que frecuentaba. Estos aspectos, tal vez ingenuos para unos; pero importantes para los estudiosos, arrojan luz sobre los conectores de la personalidad de Bolívar, y son de utilidad, digo, a la hora de conocer y explicar posteriormente sus hazañas, que no nos limitaremos tan sólo al Monte Sacro, si es que de verdad queremos conocer la trascendencia del mismo.

En el mismo París, Bolívar se muda a una habitación más modesta pero que lo alejará —siguiendo instrucciones de su prima— del juego y el placer. De este cambio de actitud aparentemente sin trascendencia, se puede inferir el germen de la misión que le concretará más tarde el sabio Simón Rodríguez. Así tenemos que logra conversar repetidamente con Alexander von Humboldt y su auxiliar Bonpland, científicos que venían de recorrer gran parte de la América. A Humboldt le llegará a ofrecer parte de su fortuna para que instale un Instituto de Ciencias en Caracas.

De ellos dirá, más adelante, que despertaron en él el orgullo de ser americano y le persuadieron de que la hora estaba cerca para que estos pueblos fueran libres. Le abonaron estos extranjeros insignes el terreno de la moral y la ética para que Bolívar más adelante pusiera en práctica las ideas de Rousseau (la libertad y la educación) y de Washington.

Epistemología de un juramento

Lo formal y objetivado del juramento que debemos explicar, antes de iniciar estas reflexiones al pie de la historia, de lo que transcurre y se desenvuelve en un tiempo y espacio específico, es que no podemos dejar sentado semiológicamente que el Juramento del Monte Sacro en su totalidad fue pronunciado por Simón Bolívar. A mi juicio, aceptar tal aseveración por repetición, nos lleva a sesgar la verdad histórica, pudiendo llegar a considerarse que sucedió así. ¿Y en qué nos sustentamos para tal premisa? En dos cuestiones, una de tipo lingüístico y de estilo; y otra cronológica, por la temprana edad que aún tenía Simón Bolívar, quien a nuestro entender no había hecho las lecturas a profundidad de los enciclopedistas.

Sabemos que pudiera pensarse en la intencionalidad de proyectar imaginaria y proféticamente un episodio realizado no sólo por un joven, sino por quien más tarde se convertirá en el Padre de la Patria y en el Libertador de Venezuela. Cuestión esta última que no requiere discusión y menos demostración. Insistimos en develar tal argumento porque eso nos llevará a limpiar el camino de tantas y tantas anécdotas en las páginas de la historia.

Retomamos para nuestra consistencia en esta explicación lo dicho en un artículo por el Dr. Manuel Uribe Ángel (1822-1904), titulado “El Libertador, su ayo y su capellán”⁽¹⁾, donde Uribe reproduce el texto del juramento, tal como expresa habérselo relatado el propio Simón Rodríguez en Quito en el año 1850. Como

puede observarse, se trata de una versión transmitida verbalmente por Rodríguez a Uribe, 45 años después del Juramento y publicada por Uribe 34 años más tarde de haberla oído; hay que acoger este texto, por consiguiente, con las naturales reservas en sus aspectos formales, en especial por lo que respecta al exordio o largo párrafo inicial.

El párrafo final, más breve y rotundo, que constituye propiamente el juramento célebre, es más probable que se haya transmitido con mayor precisión a causa de esas características de brevedad y rotundidad anotadas. De lo que no cabe la menor duda es del hecho histórico del juramento, atestiguado por numerosas referencias y principalmente por la carta de Simón Bolívar a Simón Rodríguez fechada en Pativilca el 19 de enero de 1824.

No cabe la menor duda que después de 45 años de haber sido oralmente transmitida al Dr. Uribe, el maestro del Libertador la modificó y reelaboró en su aspecto formal, hipótesis que sustentó. No podemos olvidar que Bolívar tenía tan sólo 22 años y a mi parecer no había leído y asimilado en su esencia a los clásicos de la Ilustración. Si relacionamos los otros discursos, proclamas y juramentos del Libertador, nos daremos cuenta que no vuelve a utilizar este estilo, no tan común en un joven, por dos cuestiones: por un estilo muy elaborado y porque lingüísticamente no fue usada jamás por el Libertador. No es desmerecer su inteligencia y su estudio de los procesos revolucionarios lo que queremos decir, y acompañamos al Dr. Uribe en esto, es que el maestro tal vez quiso reacomodar el juramento en honor a su alumno y ahora Libertador.

El joven Bolívar, con toda la energía de su juventud y cuando apenas acababa de enviudar, regresa a Europa. Tal vez buscando nuevos derroteros o tratando inútilmente de olvidar. Este hecho de la muerte de su esposa y el reencontrarse en Europa con su maestro —aunque no somos fatalistas de la historia— pensamos que fueron hechos contradictorios y dialécticos entre un morir y un renacer a la vida, a la humanidad. Generando este episodio —por llamarlo de alguna forma— un salto al poder de una nueva libertad y república.

Acompañado por su maestro de 33 años se entusiasma en subir al Monte Sacro. Lugar lleno de detalles y significaciones tanto históricas, religiosas o telúricas. Los dos, sin quererlo, nos imaginamos, fueron a conocer de lo que se hablaba de esas colinas tan famosas, entre las que se encuentra el Monte Sacro. Lugar a veces sagrado, otras cargado de religiosidad. Quizá inundado de situaciones míticas.

¿Por qué Simón Bolívar escoge el Monte Sacro y no otro lugar para juramentarse? Esta interrogante que nos hacemos sirve para develar posibles dudas ante tantos investigadores. No es una pregunta capciosa como pudiera pensarse.

Hay algunos historiadores que sostienen que Simón Bolívar no realizó el juramento en el Monte Sacro como se piensa, sino en el Monte Aventino, una de las 7 colinas romanas; otros se inclinan por el Monte Palatino, que es también una de esas célebres colinas. Sin embargo, es por todos conocido que Bolívar, en años posteriores a 1824, le recordará al maestro Simón Rodríguez: «¿Se acuerda usted

cuando fuimos juntos al Monte Sacro en Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la Patria?». Hay quienes hablan del Juramento de Roma. Las dos acepciones son válidas.

El Monte Sacro, también conocido como el Monte Peregrino, poseía unas características muy especiales para los romanos, pero también para todos aquellos que venían a Roma. En estos lugares tuvieron sus desavenencias los plebeyos y los patricios.

Hay que aclarar que el Monte Sacro para el romano es adverso e inaccesible, considerado peregrino por su condición hostil y enemigo. Geográficamente queda a las afueras de Roma, a una distancia considerada; muy lejos, llena de irregularidad topográfica. Posee una simbología por la continuidad sincrética de la religión y la cultura. Hay un culto al dios Cronos, el tiempo histórico más que el tiempo real que corresponde al dios cartaginense Baal Amón. Y la religión.

Si nos detenemos por un instante, queda a la interpretación de los exégetas realizar una comparación del Monte Sacro con el Monte de los Olivos, donde Jesús de Nazareth, en sus aciagos y críticos momentos, en esa imperturbable forma de vida entre la vida cotidiana y la vida de la entrega de espíritu, debía decir algo, y acude entonces en actitud de reflexión a preguntarle a su padre celestial lo que debía hacer y la posición que asumiría en su comportamiento de vida, entendiendo que obligatoriamente se produciría como estaba escrito en la ley hasta cumplir el mandato de un imperio irreverente e inhumano de crucificarlo.

No queremos presentar esta comparación de manera simplista, pero sin embargo la insertamos, porque nos parece muy ilustrativa para lo que queremos dilucidar; es decir, que el tipo de lenguaje usado en el Monte Sacro y después en la última proclama del Libertador está atravesado de una corriente judeocristiana. Y al mismo tiempo hay un esbozo de un nuevo concepto de poder en el Juramento del Monte Sacro. Además de la significación del joven Simón Bolívar que va al Monte Sacro en una actitud tal vez de contemplación, debido a la magnanimidad, a la referencia del lugar de las pasiones desbordadas en distintas épocas; posiblemente, se sienta abordado también por su maestro y por lo que representa estar allí en el Monte Sacro, y termina levantando su voz casi como en un desierto y a una distancia incalculable de su Caracas de techos rojos.

El juramento a Dios, a sus padres, decirlo ante Simón Rodríguez y Fernando Toro no es cuestión de un simple juego de ideas o palabras. Queda claro que hay un símil profético, histórico y sagrado, el fuego lo envolvió en las nuevas ideas de una Europa que se diferenciaba de la América mestiza, como la llama acertadamente José Vasconcelos, el paralelismo se da en tiempos infinitamente diferentes y bajo un concepto que más que eternidad es trascendencia ilustrada.

Jesús de Nazareth va a exponer las injusticias, la perdición, las miserias humanas del modelo esclavista representado en las figuras de Herodes y Poncio Pilato. Toma la decisión de encontrarse con su padre celestial. Bolívar quiere alejarse del poder del Imperio romano y del español, quizás influenciado por su maestro Rodríguez,

y busca la Neocracia como nueva forma de poder sustentado en principios buenos, porque los que rigen actualmente son malos. Se enfrenta a un poder autárquico que hacía uso de un poder atropellador y brutal. Aunque propone ocho años después del juramento un encuentro con el pueblo a través de la lucha militar, buscando romper las cadenas que nos atan a España.

El retiro al Monte de los Olivos hecho por Jesús de Nazareth en una noche calurosa, y el Juramento del Monte Sacro, realizado en una tarde con un calor sofocante, tienen códigos en común, más que parecer traslado mecánico de interpretación, nos coloca en una disyuntiva semiológica: ¿Bolívar hace este juramento influenciado por Jesús de Nazareth? ¿O son las circunstancias sociales, políticas, continentales y de dependencia lo que le conducen a cumplir este mandato?

De ahora en adelante su vida tendrá un giro filosófico al separarse del mundo del placer hacia un camino —aunque plagado de contradicciones y obstáculos— de elevación hacia la reconciliación con la libertad y la suma de felicidad posible, que le propone al pueblo en un gobierno donde sus bases de funcionamiento sean la igualdad, la libertad y la independencia.

Juramento del Monte Sacro

¿Con que éste es —dijo— el pueblo de Rómulo y de Numa, de los Gracos y los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano?

Así se inicia el párrafo del Juramento del Monte Sacro, el que según los historiadores transformó la misión de aquel caraqueño aristocrático, de un simple ciudadano en la Europa de entonces, adonde asistió con la intención de estudiar y prepararse en idiomas y matemáticas, llevando escondido el dolor, el infortunio, el desasosiego por la pérdida de su madre y de su esposa, huella emocional que jamás lo abandonó durante toda su vida; hay quienes opinan que tanta adversidad generó en el niño y joven Bolívar una inteligencia precoz.

Aunque no apoyamos tesis fatalistas de la historia, tampoco negaremos que el dolor hiciera heridas profundas en su ser, en el transcurrir de su existencia; sin embargo notamos que el niño Simón, amamantado por una negra esclava, mantendrá hidalguía y honor cuando deba tomar partido por la justicia. Jamás sintió escalofrío por el presente que siempre le tocó vivir.

Conocemos expresiones muy dolorosas por la muerte de su esposa, pero pocas veces le encontraremos obnubilado, pues la posibilidad cierta de lo que ya se formaba en el ambiente político, lo mantendría ocupado en sus preocupaciones utópicas. Observamos sí, más bien, una honda decisión por elevarse sobre las estrecheces mentales y militares, lo que le llevó insistentemente a enfrentar dificultades desde su nacimiento hasta el último minuto de su muerte. Lo dirá en una de sus tantas desilusiones: «He arado en el mar».

Si miramos detenidamente el párrafo en estudio podemos analizar lo que piensa en ese instante Simón Bolívar. Bolívar nombra al pueblo desde una perspectiva eminentemente semántica, él no está diciendo que eso es el pueblo, sino que lo refiere en sentido crítico y reflexivo, destacando que el pueblo era utilizado como un apéndice de los emperadores italianos para justificarse en el poder.

Los antecedentes que podemos apuntalar a lo que será una prefiguración del acto del Juramento en el Monte Sacro son: el dolor de sus pérdidas familiares, específicamente el de su esposa, su soledad en París, los movimientos revolucionarios en la Europa vieja, el reencuentro con el maestro Simón Rodríguez y su tío Fernando Toro. Ellos facilitan una explicación parcial para entender por qué se produce este acto, considerado desde la matriz simbólica un juramento profético. Por lo del lugar donde se realizó y lo que significó luego al transformarse en el acontecer y devenir histórico.

La lectura de esa realidad sociopolítica, con Simón Rodríguez acompañando a Simón Bolívar en su estadía en Francia y luego en Italia, demuestra el grado de inteligencia de estos venezolanos íntegros. La condición de clase social y el estatus económico que poseía el joven Bolívar por supuesto que le da un nivel de seguridad y proyección de futuro. A primera vista salta en el texto un exacerbado sentido crítico comparativo de aquellas sociedades: la francesa y la italiana, que habían producido emperadores casi en serie.

El espíritu de este juramento se explica ante la realidad política que se vivía en el seno de estas sociedades, con profundas contradicciones en el orden económico, sentido de la libertad y constantes guerras para extender o proteger los espacios ocupados, un germen de la acumulación de capital posterior en ascenso.

El juramento de Bolívar en el Monte Sacro, deja evidencias de las conclusiones que el joven Bolívar comienza a procesar en sus pensamientos y cavilaciones; las circunstancias de estar en Europa marcan un nuevo ritmo en la vida de Simón Bolívar, ya las ideas revolucionarias de la Ilustración fomentadas por los enciclopedistas recorrían el viejo continente (expresión acuñada en aquellos años).

Una postura nada envidiable de Bolívar en ese entonces: estar donde ocurren los hechos sociales e históricos que fueron hitos en la humanidad, la Ilustración y la transformación de la ciencia y la técnica, en medio de emperadores que gobernaban a Europa.

Dos cosmovisiones diferentes del mundo: emperadores y reyes sobre el dominio de personas, ocupación de inmensos territorios, el saqueo implacable; y al mismo tiempo las ideas de la Ilustración con Rousseau y Voltaire a la cabeza. Imagino que estas reflexiones medio simplistas las hizo Bolívar mientras leía a los pensadores más avanzados de la época.

«Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna».

Nada más explícito. Las grandezas mantenidas por una miseria de los pueblos. Esa grandeza de estos pueblos, a todas luces ficticia, pareciera entrecerarse en el texto discursivo de Bolívar. Por eso nombra en el encabezamiento a los emperadores.

Se percibe en el aliento de Simón Bolívar un deseo inmenso de no parecerse a los civilizadores de Europa (sobre este enfoque volveremos una y otra vez) que terminaron en tiranías, y que en su grandeza impidieron las aspiraciones de esos pueblos por largos años.

Recordemos que la palabra grandeza para Simón Bolívar posee una connotación de dimensiones éticas, sociopolíticas y de distanciamiento conceptual. Y es precisamente cuando Bolívar se pregunta en el Juramento del Monte Sacro, y después en la lucha independentista, por qué esos imperios se negaron insistentemente en aceptar el principio de la libertad. ¿Es que acaso —me pregunto— anulando las expectativas de futuro de los otros, por la fuerza y la religión fue por la que llegaron a ser grandes en Europa?

Y más tarde, en la Carta de Jamaica de 1815, confirma lo dicho en el Juramento del Monte Sacro: «Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria.» La cita se corresponde con el sentido de la libertad y gloria que aspiraba Bolívar para su América. Sin estos contenidos profundos de los principios de libertad y gloria que guiaron su andar y profesó en vida, posiblemente se hubiese doblegado o sucumbido al sueño de la República.

He considerado con la rigidez conceptual de este estudio, que así como en Simón Rodríguez aparece definido en su sistema filosófico el concepto de educación, igualándolo a poder y a conocimiento para construir una república, en el Libertador el concepto de libertad heredado de Juan Jacobo Rousseau irá de la mano en los campos diplomáticos, el arte militar, la unión de los pueblos y la nueva forma de poder. Algo semejante aporta Nicolás Poulanzas al respecto cuando nos indica: “El poder sólo se ejerce sobre sujetos libres y mientras son libres”. Mientras que en la tiranía de Europa el poder se ejercía unos sobre otros. Digamos que la libertad a la que se refería Bolívar incansablemente es la libertad que debía servir para cambiar la moral pública y privada.

Aunque aparentemente pareciera para muchos críticos acérrimos al Libertador que el Juramento del Monte Sacro fue una simple invención romántica de oratoria, nos inclinamos a considerar que el Libertador sintió un verdadero compromiso, y tanto en los reveses como en los triunfos debió recordarlo siempre, no hay la menor duda.

La visión del Libertador sigue su curso sosteniendo sus palabras, no olvidemos por un instante que la palabra era cuestión de honor. Al ver el comportamiento de los que formaban su ejército, y ante una posible división y anarquía de mando, dilucida la cuestión de la siguiente forma:

Persuadamos a los pueblos que el cielo nos ha dado la libertad para la conservación de la virtud y la obtención de la patria de los justos. Que esta mitad del globo pertenece a quien Dios hizo nacer en su suelo y no a los tráfugas trasatlánticos, que por escapar de los golpes de la tiranía vienen a establecerla sobre nuestras ruinas.

Más actual que hoy no puede estar el Juramento del Monte Sacro en su visión profética. En la Venezuela de finales del siglo XX y comienzos del XXI, la lucha que libra el pueblo bolivariano de Venezuela al interior y hacia el ámbito internacional por escoger la libertad y la luz, y no la dependencia, el atraso y la oscuridad.

La construcción de nuevos modelos no sólo económicos sino de participación protagónica, que refiere precisamente el principio filosófico de la libertad del hombre, para organizarse y alcanzar el gobierno que deseamos, que no es otro mejor «que aquel que aporta la mayor suma de felicidad posible»; eso es lo que está en discusión no sólo en Venezuela, sino también en América Latina y el mundo: no un modelo económico social individualista, aterrador, controlador y explotador, sino más bien un modelo de iguales donde cada país desarrolle sus potencialidades y tenga autonomía para intercambiar y cooperar con los otros países que considere pertinente. Y que genere en el pueblo y la sociedad nuevos estándares de vida.

El proceso de reconstrucción de la República Bolivariana de Venezuela y el proceso bolivariano buscan encontrarse con la Venezuela que dejó de ser con la pérdida de la primera, segunda, tercera y cuarta República. Sus valores originarios se volvieron añicos ante unas oligarquías dependientes. Este proceso bolivariano persigue incansablemente que la población en su totalidad tenga acceso directo a las riquezas mediante la salud, la educación, el deporte y el disfrute de la vida.

El trabajo como fuente de creación de riqueza es importante en la Venezuela en construcción a través de mecanismos crediticios y microcréditos, y formas de organización comunitaria, cooperativas, etc. En el ámbito internacional Venezuela está consolidando la unidad de los pueblos de América y el Caribe con diferentes formas de organización que trasciendan los límites fronterizos; pero que se respeten la autodeterminación y el respeto de los pueblos a tener el gobierno que se han dado a través de mecanismos de consultas populares y democráticas.

Dice el historiador Augusto Mijares que cuando Simón Bolívar se juramenta ante Simón Rodríguez y Fernando Toro en el Monte Sacro, «en ese momento podemos decir que nació el Libertador», y agregaría con palabras de Simón Rodríguez lo siguiente: «Los bienhechores de la humanidad no nacen cuando empiezan a ver la luz, sino cuando empiezan a alumbrar ellos».

Octavio se disfraza con el manto de la piedad pública para ocultar la suspicacia de su carácter y sus arrebatos sanguinarios; Bruto clava el puñal en el corazón de su protector para reemplazar la tiranía de César por la suya propia; Antonio renuncia a los derechos de su gloria para embarcarse en las galeras de una meretriz, sin proyectos de reforma; Sila degüella a sus compatriotas, y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza. Por un Cincinato cien Caracallas. Por un Trajano cien Calígulas y por un Vespasiano cien Claudios.

En esta reflexión crudamente comparativa que hace el Libertador de la administración y manejo de poder en el Imperio romano, a través de la monarquía que aún no terminaba de perder el control del poder ante una burguesía ilustrada que ascendía hacia la toma de espacios en la sociedad, y que se desplazaba desde los campos y el área rural a las ciudades. Logramos apreciar en el Juramento del Monte Sacro la descomposición de estas sociedades cimentadas sobre modelos en crisis: la monarquía absoluta y el surgimiento de una burguesía que configuraba ya un modelo de producción de mayor espectro hacia el mejoramiento relativo de la población, apoyada en la razón de la Ilustración.

A simple vista en este párrafo de tenor fuerte sentimos que Bolívar describe cuál es su apreciación. Paulatinamente notamos que los que gobernaban estaban envueltos en pecados capitales y en un sistema de antivales. Así percibimos que se daba una suspicacia de carácter combinada con arrebatos sanguinarios, o cuando un emperador clava el puñal en el corazón motivado por alcanzar al poder.

La tiranía se trataba de justificar bajo el despotismo ilustrado y se registraba como un valor, o eso era quizá lo que se pretendía para darle sentido al poder político y territorial. Se producía la concupiscencia y la matanza en formas aceptadas en esa sociedad de entonces. O cuando se degüellan los romanos si se negaban a aceptar sus reglas o formas de poder. Las meretrices se paseaban por los vestíbulos cual doncellas o princesas. Todo esto y mucho más vio Bolívar en ese corto tiempo real e histórico que le tocó vivir, con lo que posteriormente, debió hacer deducciones que luego las dejará escritas en las páginas de la historia universal y regional.

Este pueblo ha dado para todo: severidad para los viejos tiempos, austeridad para la república; depravación para los emperadores; catacumbas para los cristianos; valor para conquistar el mundo entero; ambición para convertir todos los Estados de la Tierra en arrabales tributarios; mujeres para hacer pasar las ruedas sacrílegas de su carruaje sobre el tronco destrozado de sus padres; oradores para conmover, como Cicerón; poetas para seducir con su canto, como Virgilio; satíricos, como Juvenal y Lucrecio; filósofos débiles, como Séneca; y ciudadanos enteros, como Catón.

Bolívar está filosofando con el pasado y el presente de una sociedad o un Estado romano que ha sido referencia para el mundo. Y que pudiendo darlo todo, se enreda en manifestaciones telúricas y orgías sincréticas que van de lo apolíneo a lo dionisiaco. El factor cristiano fue mal visto, extraño a la sociedad y contraproducente con los vicios que se practicaban para ese entonces en la Roma. Aunque la iglesia cumplió muchas veces el papel de guardián del poder terrenal, con todo y sus atrocidades. En este sentido dice Bolívar que hasta los poetas y filósofos que podían aportar más, caían en sus redes y tentación, y se volvían ciudadanos de segunda. Presiento que Bolívar quisiera responderse: “esto no es lo que yo quiero para la Gran Colombia. Una sociedad así no nos sirve, tenemos que liberarnos

y después adentrarnos en nuestras raíces para definirnos en la búsqueda de una identidad que sea nuestro perfil, no podemos imitar a nadie.”

Este pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la humanidad; Mesalinas corrompidas, Agripinas sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros; pero para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de la razón, bien poco por no decir nada...

Sigue argumentando Bolívar con su visión profética, que ese modelo cultural, esa forma de gobernarse, de poseer los mejores aportes de la civilización en sus diferentes aspectos del conocimiento y en la guerra; a pesar de tener lo mejor para ese entonces, Europa no fue lo suficiente grande para darle gestos de amor a la humanidad. Asimismo dice Bolívar «dieron poco para la emancipación del espíritu, poco por no decir nada». Considero que Bolívar fue muy duro con el pueblo romano, pero era una rabia justificada. Su crítica es mesiánica tratando de alejarse de los centros de poder, porque ya conocía de lo que pasaba en América, y no quería que se repitiera esa realidad.

La civilización que ha soplado del Oriente ha mostrado casi todas sus faces, ha hecho ver todos sus elementos; mas en cuanto a resolver el gran problema del hombre en libertad, parece que el asunto ha sido desconocido y que el despeje de esa misteriosa incógnita no ha de verificarse sino en el nuevo mundo.

La gran incógnita del hombre libertario montado en la cima del Monte Sacro le hace reflexionar sobre lo que ellos mismos, los filósofos de Europa, le habían enseñado, que la libertad era la mayor expresión de felicidad del hombre tanto como la educación. Por tanto, no es aquí en Europa donde se podrá poner en práctica la libertad. La libertad debe erigirse en un nuevo espacio geográfico, con otros hombres y mujeres y nuevas formas de gobiernos, que no son precisamente estos, los tiránicos. Por eso sin dejar duda a su visión, sostiene la idea nada envidiable de que es en el Nuevo Mundo donde se concretará el reino de la libertad y la felicidad. Y concluye, cuando el sol meridional comienza a bajar el telón de uno de los momentos de mayor simbología para el Viejo y Nuevo Mundo:

¡Juro delante de usted, juro por el Dios de mis padres, juro por ellos; juro por mi honor y juro por la Patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma, hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español!

El párrafo final del Juramento del Monte Sacro tiene la fuerza apocalíptica de Simón Bolívar, que posteriormente manifestará en las distintas proclamas, juramentos y discursos en los campos de batalla de la Gran Colombia. Se nota el desdoblamiento de Simón Bolívar joven a un Simón Bolívar impetuoso que empieza a definir el camino ascendente a la historia y la eternidad.

La subjetividad de unas circunstancias sui géneris pudiera haber desbordado los sentimientos y la percepción a esa edad. No es una promesa ni una jactancia de clase social; es jurar, y ese verbo es simbólico y sagrado. Juraban los dioses en el Olimpo y le merecían la vida o la muerte. El valor ontológico de ese juramento en el joven Bolívar, lo trascenderá en su presencia misma. No decimos que es profético tan sólo para justificar tal hazaña hecha por Simón Bolívar, sino porque concretó su juramento con su pensamiento, su vida y su fortuna, no dio «descanso a su alma», y como sabemos, la razón ilustrada y la praxis social están por encima de los falsos idealismos y proclamas sin soporte.

El nuevo poder

Los Publicistas deberían hacer una neocracia (nuevo poder) fundándolo en principios buenos, porque los que rijen actualmente son malos. Se ha dicho que 'ya no hai medios que no estén una i mil veces probados', i es verdad

Simón Rodríguez: “Crítica de las providencias de(l) gobierno” en:
Obras completas, t.II, p. 426.

La primera duda conceptual sobre este texto, es por qué son los publicistas los que deberían hacer esta propuesta en torno al posible nuevo poder. ¿Los publicistas tenían tanto poder de decisión o autoridad moral en ese entonces para modificar comportamientos educativos y morales? Se deduce del texto que se plantea un nuevo poder más cercano a la gente. Por lo que el maestro elabora un cuadro nemotécnico donde plasma su visión filosófica. Cuando el maestro Simón Rodríguez menciona a los publicistas, ¿está considerando a los medios de comunicación como un instrumento con suficiente poder para inculcar el sentido de la orientación para ir moldeando y transformando una nueva sociedad?

Veamos:

Monocracia

Monarquía=poder de uno, dado por la providencia.

Aristocracia=poder de muchos, tenidos por buenos porque sus padres lo fueron.

Oligarquía=poder de pocos, ejercido por algunos que se arrogan la autoridad.

Democracia=poder del pueblo, ejercido por unos que se dicen diputados de un pueblo que no los conocen ni ellos conocen.

Olocracia=poder del populacho, cosa que nunca se ha visto, i que equivale a la anarquía=sin gobierno, cosa que tampoco se ha visto, i que se supone sin más motivo que el de uno que otro alboroto armado en los barrios de una Capital por algunos descontentos.

Estas premisas filosóficas que el maestro Simón Rodríguez nos proporciona, por supuesto que tuvieron eco en Simón Bolívar para su formación política y educativa, por eso las incorporamos en este estudio crítico y reflexivo sobre el Monte Sacro, tratando de escudriñar los hilos conductores y vitalistas que permitieron a Simón Bolívar y después al Libertador construir sus planteamientos pragmáticos sobre el acontecer nacional e internacional.

El poder basado en el conocimiento pareciera dejarle ver el maestro al joven Bolívar. La educación y la libertad estarán concebidas para la transformación del ser humano. Y a los que nazcan en estas nuevas repúblicas los dos acordaron en llamarlos republicanos, influenciados tal vez por el pensamiento teórico de *La República* de Platón.

No olvidemos la sentencia del maestro Rodríguez: «Para tener República hay que hacer republicanos.» Si observamos el cuadro sinóptico, metodología utilizada por el maestro para enseñar su forma de pensar como paradigma del poder con sus respectivas conjeturas, nos salta una reflexión, para explicar que el sabio Simón Rodríguez cruza dos formas de gobierno: la aristocracia y la democracia. Tengo la presunción que son las dos formas de gobierno que más influyen en Simón Rodríguez, tratando de encontrar una síntesis de gobierno en oposición al tipo de gobierno español representado en los reyes.

Quizá en la constante búsqueda de un tipo de gobierno donde reine la libertad y la justicia, se regocija con las nacientes repúblicas conocidas en Europa. Si a algún gobierno debemos parecernos es a Gran Bretaña, dirá mas adelante. Ellos reúnen las condiciones de la libertad, participación del pueblo y la división de poderes representativos (Cámara de Senadores y Diputados).

¿En el Juramento del Monte Sacro hay un esbozo del nuevo poder?

Los civilizadores de Europa como muchas veces les llamó Simón Bolívar en tono despectivo, arruinaron sus países y acabaron con los pueblos, guiados por un tipo de gobierno: la tiranía. Simón Bolívar vivió de cerca los cambios en París, Italia y España con la coronación del emperador Napoleón Bonaparte; esas imágenes quedaron sembradas en el subconsciente como una sombra a la que no querrá parecerse ni remotamente.

En el Juramento del Monte Sacro, Bolívar esboza un nuevo poder; el poder que reside en la felicidad del ser humano, en el engrandecimiento del espíritu. Por eso ve con claridad meridiana que uno de los objetivos estratégicos es el de romper las cadenas. La esclavitud no hace a los hombres más libres. Lo tiene como referencia humana porque él lo vivió en su misma familia.

Y lo sostendrá hasta la última hora de su muerte. Bolívar es la contrapartida de los emperadores europeos, y no se parece a los héroes de los que habla el filósofo alemán Hegel, donde dejaba sentado que «la realización del espíritu se logra por la vía del despotismo, utilizando la libertad como fin». ¿Y acaso no los nombra Bolívar en el párrafo inicial comentado? Los emperadores Alejandro, César y Trajano son aduladores, y la satrapía le permite atrapar extensiones de tierra para expandir sus dominios usando la fuerza para adquirir poder.

Bolívar, sin embargo, en su lucha por un mundo emancipado de los centros de poder de Europa y España extiende sus territorios bajo el estandarte de la libertad y la unión de los pueblos. Bolívar, como acertadamente lo indica el filósofo Leopoldo Zea, «más que héroe es un antihéroe», es decir, envuelto en una tarea titánica de enfrentarse a los dos imperios, a uno lo combate diplomáticamente, y al otro en las luchas independentistas internas en la Gran Colombia.

Si quisiéramos hacer un parangón, y me lo permite la síntesis apretada de 200 años de haberse realizado el Juramento en el Monte Sacro, debemos decir que en América Latina y en especial en Venezuela, la patria de Bolívar, se realizan transformaciones de formas de gobierno, de formas de organización, de cooperaciones con otros países, y de concreciones de organizaciones integracionistas a partir de su pensamiento y sirviendo él como autor intelectual ideológico.

Se desarrolla un nacionalismo de nuevo cuño que pretende saltar por encima de las alambradas ideológicas y espirituales que nos impusieron los imperios, y se construye con los pueblos y sus gobiernos para conformar la Carta Social de las Américas. Este nacionalismo que recorre en el comienzo del siglo XXI a la América Latina, fue un instrumento que utilizó el Libertador en su lucha por la integración, y cuantas veces la anarquía estaba a punto de devorar la obra del Libertador.

Estos mismos sentimientos de unidad son hoy de suma importancia en circunstancias y situaciones geopolíticas como la actual, cuando el Nuevo Orden Mundial basado en una globalización inhumana crea un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), pretendiendo seguir dominando a nuestros países, ya no en territorio ni en lo militar, sino en sus economías. Generando una dependencia financiera a través de sus organismos multilaterales y destrozando las economías asimétricas de la América mestiza y afrocaribeña. Arrasando economías de otros países que no pueden competir a gran escala, y mucho menos con los aranceles impositivos en los mercados internacionales.

Aunque en el Monte Sacro Simón Bolívar no menciona *ex profeso* el concepto de educación para referirse sobre algún tema, deja constancia, entre líneas, de su sabiduría a tan corta edad, después de haberse leído a Plutarco, Montesquieu, Voltaire y Rousseau. De Voltaire decía: «...en Voltaire se encuentra todo: estilo, grandes y profundos pensamientos, filosofía, crítica fina y diversión.»

Al concluir el Juramento del Monte Sacro apoyado en la sabiduría del maestro y amigo, como solía llamarle, encontramos el manejo del idioma y a los enciclopedistas como fuente de conocimiento para tener acceso al poder. Hace uso de

comparaciones hiperbólicas cuando se refiere a los que considera se han salido de su naturaleza humana y se han vuelto casi dioses o sanguinarios.

La educación, entendida como centro del hombre para humanizarse, va más allá que un simple cúmulo de conocimientos, ideas e información. Bolívar tiene claridad al respecto y considera que no es un fin en sí misma. Es un medio para llegar a transformar y crear una nueva sociedad: la republicana. La educación no es entendida en sentido funcional en relación con escuelas o aparatos ideológicos.

¿Habrá alguna referencia paradigmática con lo que está sucediendo en la educación en Venezuela a comienzos de este siglo? Podiéramos de la misma manera preguntarnos: ¿Tiene trascendencia el Juramento del Monte Sacro 200 años después? A nuestro juicio, se retroalimenta la sociedad venezolana actual de la historia y se adecúa a los tiempos modernos y a los sistemas de información, con una educación para la vida y el trabajo.

El saber y el estudio para la educación es concebido por estos dos pensadores no como escuelas o centros de concentración sino más bien como filosofía de la vida. De hecho el maestro Simón Rodríguez es el primero que demostrará sus teorías educativas, a manera de ejemplo, y relacionando la vida misma con la naturaleza, comienza por colocarle a sus dos hijos nombres de la naturaleza; así encontramos que uno de sus hijos se llamó Maíz y otra hija Tulipán. Inverosímil pero cierto.

¿La Última Proclama de Bolívar en Santa Marta [10 de diciembre de 1830] es una continuación del Monte Sacro?

A los pueblos de Colombia

Colombianos:

Habéis presenciado mis esfuerzos para plantar la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad.

Permítaseme que traiga la Última Proclama del Libertador Simón Bolívar antes de morir. ¿Y por qué tiene que ser precisamente la última proclama de Bolívar la que venga a darle estructura y coherencia al pensamiento de Simón Bolívar? Porque si algún hombre pensador y luchador en estos siglos después de Cristo ha sido coherente en el pensamiento en todas sus manifestaciones, cualquiera sean las condiciones que deba afrontar, y siempre con una línea proactiva y rompiendo cercos, no lingüísticos, pero sí políticos, conceptuales y territoriales, fue el Libertador Simón Bolívar, el Padre de la Patria.

En la hipótesis de estudio pretendemos demostrar que hay claves y/o pistas en el Juramento del Monte Sacro con marcadas propuestas y líneas maestras del pensamiento y accionar de Bolívar; de la misma manera que en la Última Proclama, donde, por decirlo de alguna manera, se cierra el ciclo evolutivo e histórico del Libertador, en la que notamos, más que contradicciones, similitudes de principios.

Extraemos y hemos subdividido el texto de la Última Proclama al igual que hicimos con el Juramento del Monte Sacro, utilizando una metodología documental y comparativa de fuentes, a los fines de utilizar los conceptos y categorías con la rigidez de las ciencias sociales pero con la flexibilidad de la sociolingüística.

Revisemos este primer párrafo con la seriedad que debe caracterizarnos. El Padre de la Patria está fuera de su tierra natal a la que tanto amó; el inicio y el final de su vida estuvieron signados por lugares lejos de su patria, realiza el Juramento del Monte Sacro en Italia (1805) y la Última Proclama la pronuncia en Santa Marta, Colombia. Recordemos que el Libertador Simón Bolívar en uno de sus tantos pensamientos o reflexiones supo decir que si algún apelativo quería llevar siempre sería el de caraqueño. Imaginemos al padre en el momento más crucial, en el que cualquier ser humano siente sus conflictos espirituales y existenciales que están llegando a su fin.

Y he aquí que su obra puede proyectarse o retrotraerse, negándose a sí mismo o envalentándose con la vanidad. He aquí que prefiere mantenerse leal a sus principios y a su obra creadora.

La lección que recibimos del padre Libertador fue que descubrió en Europa junto al maestro Simón Rodríguez el concepto de libertad en el ser humano y la libertad de los pueblos, concepto que defendió y lo hizo hueso y carne en las repúblicas que liberó. Serán la libertad, la unión y la felicidad las palabras llenas de contenido mágico en los campos de batalla y cuando está a punto de despedirse de en medio de nosotros.

Y seguidamente el concepto de tiranía. Una forma de poder político y militar a la que combatió en los distintos espacios de la vida social, militar, política, cultural, ecológica y extraterritorial. No supo de otra forma de lucha sino la de ir insistentemente contra el flagelo pernicioso de la tiranía, la que palpó en Roma. Quizá revisaría en fracciones de segundo en su mente aquellos días vividos en la vieja Europa. Y la imagen del maestro, amigo y sabio, allí, como el Dios del tiempo. Simón Rodríguez, volando por sobre la eternidad. El Libertador pudo haber sido un intelectual más de los que existieron, con herencia y dinero suficiente para vivir tranquilo en cualquier lugar del mundo; sin embargo, nos dice que perdió su tranquilidad e invirtió su fortuna por hacer lo que le correspondía ante el pueblo y la humanidad.

En la línea inmediata de la Última Proclama, prosigue. Estaba consciente que lo individual debía fundamentarse en lo colectivo. Tenía conocimiento de los tratados de Platón en *La República*, o los de Sócrates, que pregonaban el nosotros por encima del yo. Sabía que había puesto casi toda su fortuna en la lucha por la independencia y la emancipación del espíritu. Digo casi toda, porque sabemos que gastó grandes sumas de dinero en París en plena mocedad.

«Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento».

Alrededor del Padre de la Patria, aún en vida, se desarrolla la disputa sobre el poder. El mando militar quiere dirigir la propuesta de Bolívar, no comparten en su totalidad la tesis de la Gran Colombia, se crearon expectativas a lo Napoleón. Y Bolívar, en el transcurrir de viajar y dirigir tropas y asambleas en torno a la concentración del poder, siempre mantuvo la misma posición; no utilizar el poder para conquistar sino poder para la libertad y la independencia. Por eso deja su resentimiento escrito y su oralidad presente, para todos aquellos que ambicionaban poder, con el fin de transformarlo en persecución o tiranía. Aun muriendo, sus compañeros de armas en el proceso de independencia no reconocieron a Bolívar como el creador de la obra; por el contrario, pensaban que realizaba la obra para perpetuarse, cuestión a la que Bolívar le sale al paso con esta actitud de ética, en su momento crucial.

«Mis enemigos abusaron de vuestra credibilidad y hollaron lo que me es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad».

Si algo peculiar distinguía al Libertador Simón Bolívar era el discurso platónico-socrático cuando filosofaba, expresiones de un discurso griego de los dioses del Olimpo, y a veces preñadas sus ideas con rasgos de cristología. Digo esto porque aquí usará un discurso directo en sus planteamientos; sabe ya que no le queda mucho tiempo real y físico, y no puede perderlo en divagaciones absurdas. Cuando habla de «mis enemigos» se está refiriendo a sus enemigos y traidores de hueso y carne, y ellos saben a quiénes se refiere el Libertador. Los enemigos no estaban en Europa, no eran Trajano, ni Horacio, ni Augusto, ni Nerón, fueron los que formando parte de su ejército patriota, y quizás, haciendo creer que eran partícipe de su pensamiento, preparaban su celada cuando el padre agonizaba, y el padre de las cinco naciones moría sin más nada que su propia desnudez.

He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.

El Libertador sostiene toda la arquitectura teórica de su vida, de su asistencia en los campos de batalla, de la repercusión de su obra en la misma Europa, hecha con sus manos y su pensamiento. No queremos tan sólo desmontar el texto, sería poco elegante. Queremos argumentar, repito, la coherencia filosófica del Libertador. Lo expulsaron de su patria. Levantaron falsos testimonios. Y sin embargo, el Libertador no se alejó nunca de su pensamiento liberador y profético. Deberíamos parafrasear, utilizando una expresión antiimperialista en América Latina, que sacudió al imperio del Norte; «La historia me absolverá». Y la historia no sólo lo absolvió —al Libertador— sino que ocupa hoy un espacio de gladiador y precursor de la libertad en los distintos lugares del planeta. Encontramos palabras de referencias bíblicas propias de alguien que sabe que debe ir a otra dimensión.

Las puertas del sepulcro, expresión telúrica pero de una imagen simbólica de grandeza, lo hace infinito. Y luego continúa demarcando su manejo espiritual y de una personalidad y un carácter sobrio “Yo los perdono”. Es decir, yo, al igual que Cristo, dejé toda mi fortuna, mi tranquilidad, mi renombre de una de las familias

más ricas de aquella Caracas de los mantuanos, yo no me embarco en la empresa de la envidia y el rencor, pareciera decirnos el Libertador. Yo perdonándolos salto por encima de las nimiedades de la ingratitud y marco distancia en el tiempo histórico. Creo escuchar su voz.

Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia.

A pesar de la traición, de los intentos de asesinarlo y de la confabulación para romper con las líneas trazadas por el Libertador, su sabiduría la refiere en términos de afectos fraternos. Y aún en sus últimos respiros piensa desenfrenadamente en la unión, en su gran sueño: la Gran Colombia.

Nada más ambicionaba Bolívar sino la gloria, pero no para su individualidad y su ego, sino para la felicidad de todos, la unión de las naciones. ¿Y este mismo cometido no era precisamente lo que aspiraba el Libertador en el Monte Sacro? Cuando nos dice que «no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que se hayan rotos las cadenas del yugo español», ¿hay o no hay coherencia en la vida y obra del Gran Americano?

Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la Unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para liberarse de la anarquía, los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.

La división de los poderes públicos heredados de Montesquieu es lo que fomenta el Libertador a trabajar juntos por la unión. La iglesia en el rol que le corresponde, el Ejército cumpliendo con su defensa de las garantías constitucionales, y los pueblos construyendo en armonía por la construcción de la libertad bajo un gobierno democrático. Todo estaba calculado por el Libertador con su mirada escrutadora y su experiencia en lo político, social y militar; por eso lo hizo un estadista en el mundo. Pensando siempre el Libertador en no perder un ápice de las miserias humanas para que no reine la anarquía o la tiranía. Aunque son conceptos diametralmente opuestos se encuentran, porque la anarquía lleva a la tiranía y ésta a la anarquía.

En su enfoque integracionista Bolívar consideraba que estratégicamente solos y divididos no se lograría avanzar a niveles superiores de sociedad de naciones y pueblos. Y que en esas condiciones serían presa fácil de los imperios que podrían infringirnos guerras o peleas intestinas.

¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro. (10 de diciembre de 1830).

Vamos a detenernos en estas palabras de alto contenido semántico y espiritual para el Libertador. Su cuerpo teórico-conceptual se mantiene incólume hasta llegado el momento de separarse físicamente del sueño más hermoso en cuanto proyecto político, en cuanto utopía, pueda haber soñado ser humano posible sobre la tierra: su Gran Colombia. Una palabra clave y que sirve de sostén a su sistema de valores es la felicidad; la busca en todas partes, pero es una felicidad de contenido republicano a la usanza de Platón, es nada menos que la felicidad de su patria, de la patria grande, (la Gran Colombia) en términos de territorio, de unidad, y de pensamiento.

Por eso invita, hace casi un ruego, a todos los que tenían poder de decisión, a que mantengan el nuevo sistema de naciones, que la obra construida y auténtica con la sangre de muchos patriotas no podía perderse, y les pide encarecidamente, la unión. Y como constancia de la seriedad de lo que propone, él mismo ofrenda su cuerpo como última posibilidad de la reconciliación y salvación de la República. El Libertador considera que es la unión la llave mágica que nos permitirá combatir en diferentes espacios: sociales, políticos, económicos, inclusive en la guerra, para defender y proteger nuestros pueblos.

Entiende que el Libertador no quiere parecerse a los reinos que creó Napoleón con sentido de conquista, y de avanzar hacia el dominio de otras naciones como Francia, Italia, España y la misma Rusia. Quiere estas naciones hermanadas bajo el concepto de la unión respetando cada uno sus particularidades de naciones. Con la unión pareciera escuchar al Libertador: ganamos todos porque sólo así podemos marchar hacia la libertad, que genera una suma infinita de felicidad bajo un gobierno democrático.

El Juramento de Simón Bolívar en el Monte Sacro y su contemporaneidad

Asistamos a una reunión imaginaria en el tiempo. Los dos juramentos, el que inicia y el que cierra su vida poseen claves de conceptos humanistas y de visión política, digamos que de primera mano se mantienen en el pensamiento del Libertador. Pronunciados de su boca en dos instantes tiempo-espacial diferentes.

¿Por qué decimos que el Juramento del Monte Sacro mantiene su vigencia en la Venezuela de comienzo del siglo XXI?

Los países de Europa mantenían sus imperios basados en tiranías y monarquías oprobiosas. La acumulación de capital que ya comenzaba a repartirse las colonias estaba en la mira de los centros de poder hegemónicos. Las colonias estaban desintegradas no sólo en las economías desiguales sino en cuanto a conceptos de cómo enfrentar al imperio español. Bolívar conoce las vibraciones políticas de América Latina (nosotros la denominamos América Mestiza en honor a nuestro proceso de transculturización).

Y observaba con detenimiento los poderes de Europa, los comportamientos y acciones de América del Norte y Brasil; y él con sus consejos trata de influir en

el curso de los acontecimientos. Es así como se plantea «...la confederación americana como el único medio que nos hubiera podido defender de la intervención extranjera...» y expone más tarde en 1826, ante amigos y generales, un plan en el que ha elaborado la idea de la confederación entre Perú, Colombia y Bolivia, y esta unión sería más estrecha que la federación entre los estados americanos.

«La confederación tendría una sola bandera, un sólo ejército y constituiría una nación», escribe Bolívar. Esta confederación andina la hubieran constituido seis estados; al lado de Venezuela, Ecuador y Nueva Granada, que entonces constituían la Gran Colombia, estarían Perú del norte, Perú del sur (con capital en Arequipa) y Bolivia.

Y preguntamos, a esta altura de las citas, y la mente visionaria del Libertador: no está acaso el Parlamento Latinoamericano que pretende el presidente actual de Venezuela Hugo Rafael Chávez Frías, basado en la mismísima idea del Libertador para romper la unipolaridad del imperio y unir los países disgregados ante una globalidad respaldada por el Proyecto ALCA, al que el presidente Chávez le ha antepuesto el ALBA.

Lo que se pretende con estos proyectos de integración y unidad es recuperar el tiempo perdido y defendernos de las políticas intervencionistas y desintegradoras de las naciones. Para eso hay que crear las condiciones sociales, culturales, espirituales, económicas y financieras para que estén al servicio de las grandes mayorías o pueblos en su máxima expresión, para potenciar los beneficios de los pueblos de América Latina y el Caribe. Por supuesto que los planteamientos de unidad, la que tanto pidió hasta el último día de su vida el Libertador, no se concretaron; las burguesías conservadoras retomaron espacios sociales y políticos, y acabaron paulatinamente y parcialmente con la idea integradora de Bolívar. Hay quienes llegan más lejos a decir que las ideas de confederación y federación a nivel mundial y latinoamericano posibilitaron el sueño de una OEA.

Al inicio del Juramento del Monte Sacro, Bolívar critica fuertemente la posición de la tiranía en la Europa de entonces, al referirse a los emperadores que habían dirigido los destinos de los pueblos sin libertad y justicia. Bolívar aspira en América dirigir las fuerzas de avanzada político-militar gracias a la refundación o consolidación de una República. Entendiendo que así como las fuerzas en pugna en Europa de una monarquía que intenta mantenerse en el poder y un modelo capitalista que viene en ascenso con el pensamiento más lúcido y revolucionario de la época, en América se producen grados cualitativos de avance acuñado en la clase dominante criolla de la época (en la que se encontraba Simón Bolívar) encabezan la lucha independentista, recibiendo influencias directas de las conmociones revolucionarias de su época.

Bolívar toma como ejemplo directo la independencia de Estados Unidos, y consideraba digno de aplicar el aparato institucional, legislativo, etc., de los países europeos de avanzada y Estados Unidos, con la diferencia de que la oligarquía

criolla no constituía ni llegaba a constituirse en una burguesía con características específicas.

En la Venezuela de finales del siglo XX y comienzos del XXI, se dan condiciones parecidas de tensiones entre países que pretenden fortalecer y proyectar las economías regionales y hacerlas autonómicas, que generen soberanías al interior de los países latinoamericanos, que nos permitan ir en bloque para poder defender nuestras riquezas no sólo espirituales (bombardeadas por transnacionales de poder mediático) sino también preservar los territorios de la voracidad del imperio, del agua dulce y de los bosques, así como el aéreo.

Es decir, estamos ante un desarrollo de las fuerzas productivas tecnológicas con características peculiares, que invaden y trastocan formas de gobiernos y economías al violar por medio de la sociedad de la información y de los oligopolios de franquicias, las particularidades e identidades. La soberanía de hoy en el siglo XXI es alimentaria. Sólo la unión a través de Petrosur, Petrocaribe, Telesur, puede detener al imperio que siente agotadas sus reservas internas. El antiimperialismo de Bolívar debe unirnos en torno a la libertad de las naciones y al pensamiento de unidad.

NOTAS

1 Manuel Uribe Ángel: “El Libertador, su ayo y su capellán”. En: *Homenaje de Colombia al Libertador Simón Bolívar en su primer Centenario, 1783-1883*. Bogotá, edición oficial, 1884, pp. 72-74.

FUENTES CONSULTADAS

Bolívar y Europa en las crónicas, el pensamiento político y la historiografía (siglos XIX y XX). (1995). Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 3 vols.

Cardona, Francisco. (2001). *Líderes de Venezuela. Simón Bolívar, El Libertador*. Madrid, Edicomunicación.

Jorge, Carlos H. (2005). *Un nuevo poder. Estudio filosófico de las ideas morales y políticas de Simón Rodríguez*. Caracas, Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez.

Medina Rubio, Arístides. (2002). *Lecturas de la historia regional y local*. Caracas, Casa Natal de las Letras Andrés Bello.

Mijares, Augusto. (1987). *El Libertador*. Caracas, Academia Nacional de la Historia.

Obras de Simón Bolívar. (1982). Caracas, Ediciones de la CANTV, vol. I, pp. 27-28.

Rodríguez, Simón. (2001). *Cartas*. Caracas, Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez.

Sociedad Bolivariana de Venezuela. (1968). *Escritos del Libertador*. Caracas, t. IV.

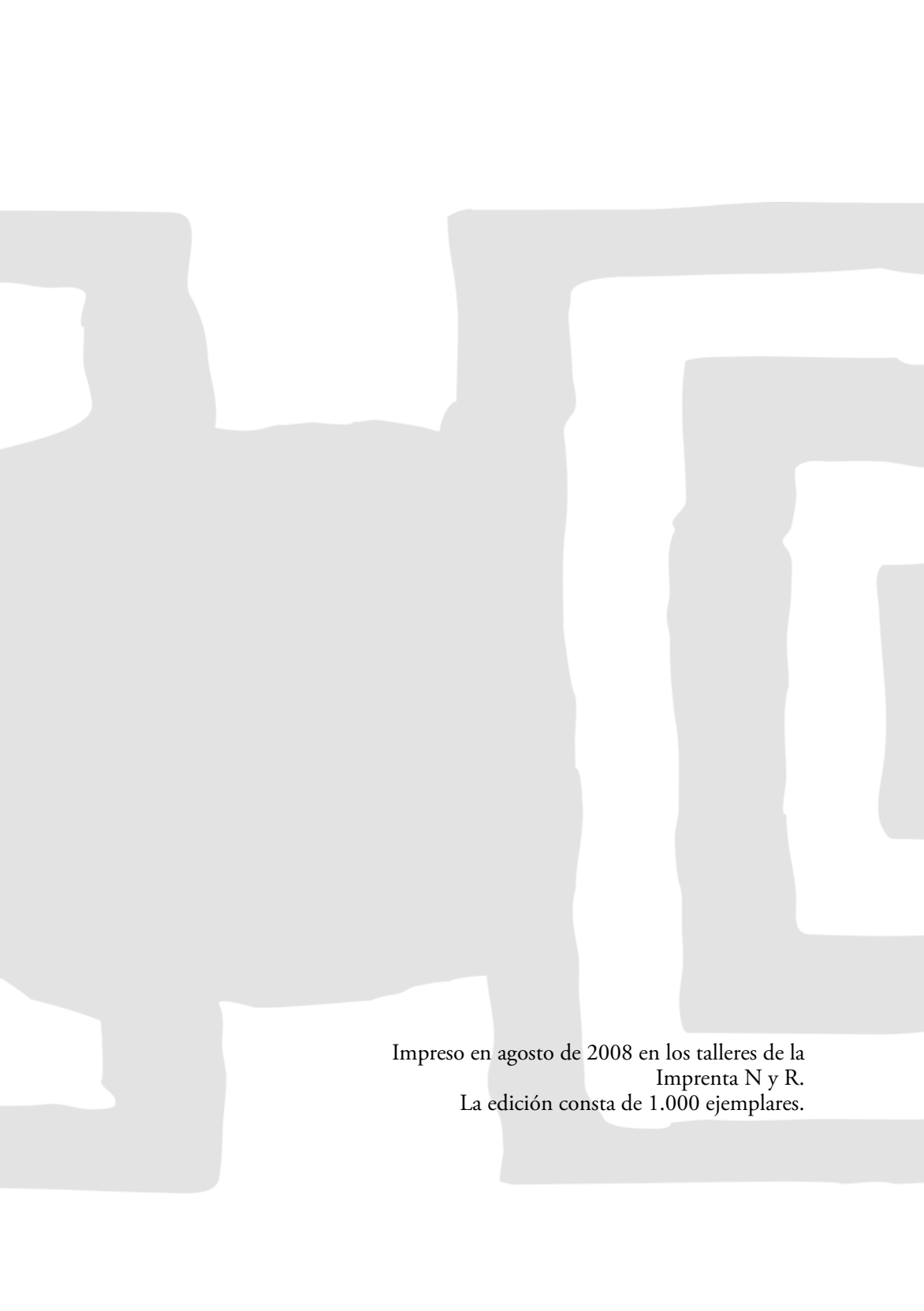
Zea, Leopoldo. (1989). *Simón Bolívar, integración en la libertad*. Caracas, Monte Ávila Latinoamericana.

Obras de referencia y diccionarios

Diccionario pequeño Larousse ilustrado. (2002). Ediciones Larousse.

ÍNDICE

“EL JURAMENTO DEL MONTE SACRO: UN LEGADO DE DOS SIGLOS”. PEDRO SALIMA	9
“CLAVES PARA ENTENDER LA CONTEMPORANEIDAD DEL JURAMENTO EN EL MONTE SACRO 1805-2005”. LUIS ANÍBAL VELÁSQUEZ	31

The image features a minimalist, abstract design. It consists of several large, irregular, grey shapes that overlap and interlock, creating a sense of depth and movement. The shapes are set against a plain white background. The overall aesthetic is clean and modern.

Impreso en agosto de 2008 en los talleres de la
Imprenta N y R.
La edición consta de 1.000 ejemplares.